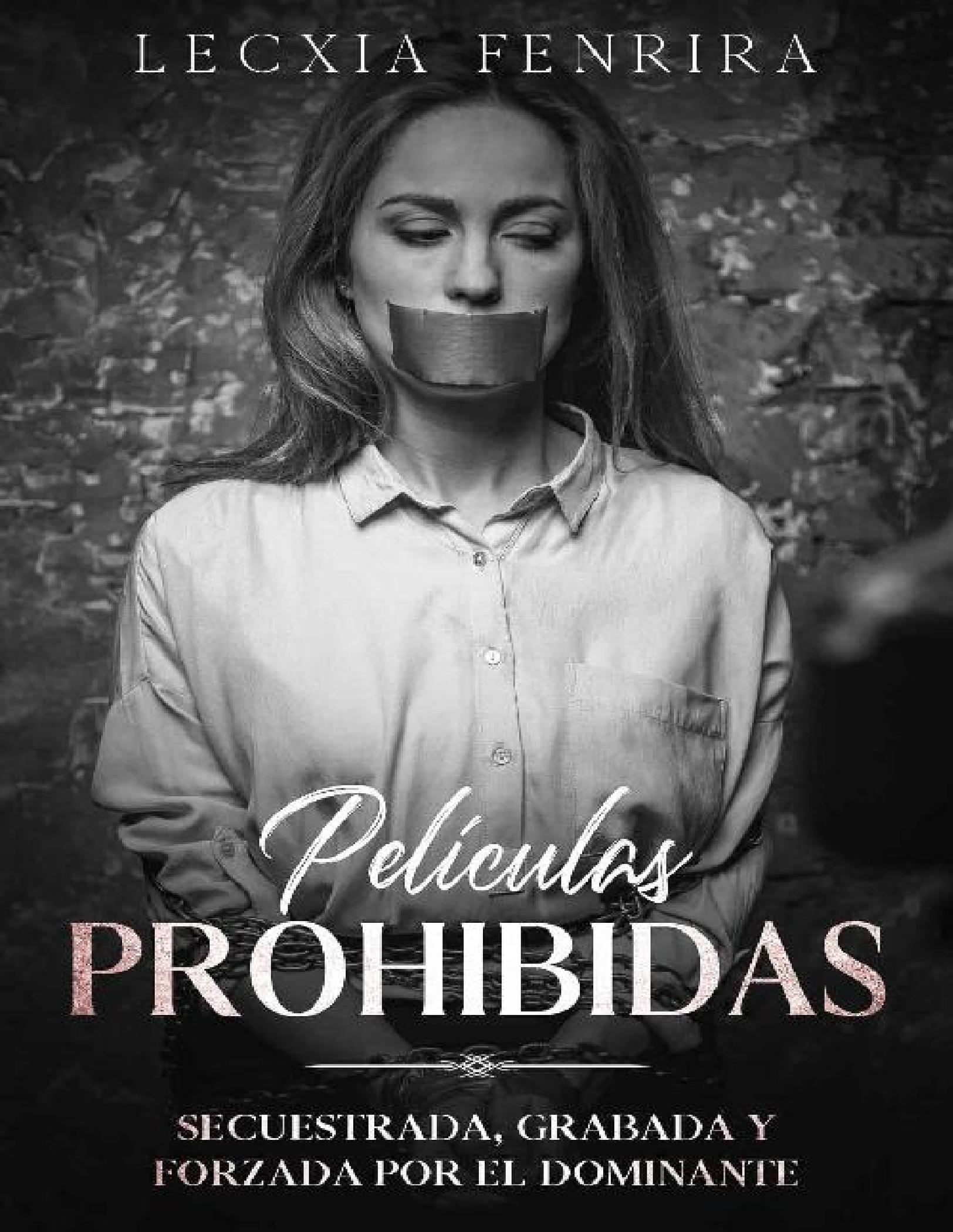
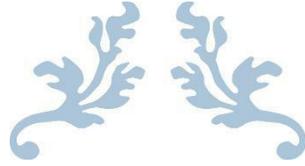


LECXIA FENRIRA



*Películas*  
**PROHIBIDAS**

SECUESTRADA, GRABADA Y  
FORZADA POR EL DOMINANTE



---

## *Películas Prohibidas*

---

*Secuestrada, Grabada y Forzada por el Dominante*



Por Lecxia Fenrira

© Lecxia Fenrira 2020.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Lecxia Fenrira.

Primera Edición.

*Dedicado a Lucy, Laura, y Rayne*

## I

Todas las personas tienen metas, todas las personas tienen objetivos y el de ella era bastante obvio: quería tener la boda de sus sueños.

Sí, todo tenía que ser perfecto y cómo no, para una mujer como ella tan ordenada, abogado, joven y bella, tenía que ser así. No debía ser de otra forma.

Rebeca estaba feliz, no lo podía negar. Había conocido al hombre de sus sueños: Alberto, un tío que era un exitoso arquitecto quien, por cierto, tenía una firma reconocida en la ciudad. Se conocieron en la universidad y las cosas se dieron como un flechazo instantáneo.

La abogada estrella de la corte tuvo una vida tranquila. Era la menor de tres hermanos y, de paso, era conocida por tener los ojos verdes más brillantes y hermosos que alguien podría admirar. Su cabello era largo, por los hombros, de un rubio brillante. Siempre impecable y siempre bien peinado, por supuesto.

De niña desarrolló la necesidad de verse bien, de cuidar su imagen hasta lo más pequeño. Así que era muy consciente de qué imagen proyectaba a los demás. Esto lo mismo también hizo que tomara la decisión de ser bien estricta con su alimentación y establecer una rutina de ejercicios para mantenerse en forma.

Así pues, pasó sus años de secundaria y universidad, no solo como una estudiante destacada, sino también por ser una excelente atleta con dotes impresionantes para el deporte. Su figura naturalmente delgada, se convirtió en una más firme y de musculatura marcada.

El lema de “mente sana y cuerpo sano” era muy serio para ella. Sus padres a veces pensaban que para ser una chica tan joven, era un poco estructurada. Pero bien, así era su hija y la amaba de manera incondicional.

Por supuesto, esto representó que ella se convirtiera en una de esas chicas que todos los hombres desean. Sin embargo, gracias a su carácter tan determinante, sólo se permitía estar con personas que resultasen verdaderamente interesantes para ella. De resto, ni siquiera se molestaba en interactuar con tíos sin cerebro.

Alberto no solo era guapo, también era brillante y muy educado. Ella sabía que sería la persona perfecta para su familia y bueno, lo demás es historia.

Lo cierto es que Rebeca era una persona querida por la gente que se encontraba a su alrededor. Su novio moría por ella, al igual que sus amigos y el resto de su familia. Al igual que alguien que le estaba siguiendo los pasos desde hacía mucho tiempo.

—Discúlpame que te cite aquí para ver unas flores, pero es que ni mi mamá ni mis amigas pudieron venir. Me da mucha pena contigo.

—No te preocupes. Yo estoy encantado de estas cosas de bodas y demás. Es... Digamos, entretenido.

—Gracias, en serio. No podría hacer esto sola. Francamente pensé que sería fácil porque tú sabes cómo soy, pero no. Esto de organizar una boda es abrumador.

—Venga, no te quites crédito. Eres una tía que está preparada para lo que sea. De seguro esto no es nada comparado con las cosas que has hecho anteriormente.

—Y pues, no lo sé. Digamos que es distinto... A veces prefiero olvidarme de este asunto,

decirle a Alberto que nos figuemos y nos casemos en Bali.

—No es mala idea. Deberías considerarlo seriamente —dijo él picándole un ojo.

—Eres terrible. Si sigo contigo seguramente tendré ideas locas.

Mark rió a carcajadas, era un tío gracioso, pero le gustaba más que le hicieran reír. La miró un rato luego de que ella se fijara en unas vitrinas con zapatos que quería para su viaje de luna de miel. Ella no paraba de hablar y él de mirarla fijamente.

Mark y Alberto se conocieron de niños, así que fue natural la decisión del novio de designar a Mark como el padrino de la boda. La noticia le puso muy contento, claro, así que estaba ansioso por conocer a la mujer que había conquistado el corazón de su amigo.

Él le comentaba que la chica no sólo era hermosa, sino también dulce, inteligente, casera y bondadosa. Resaltaba cómo su lengua afilada era capaz de desestimar cualquier argumento bobo y le sorprendía la velocidad de su mente.

—Ella parece ir más rápido que los demás. Incluso a veces me cuesta seguirla. Pero la amo, la amo como a nada en la vida. Es perfecta.

Mark estaba intrigado, aunque como buen mujeriego pensaba que esas palabras eran eso: palabras vacías que no decían mucho. Las mujeres para él eran diversión de una noche o de varias —en el mejor de los casos—.

No la había conocido como Alberto hubiera querido porque él estaba pasando una temporada en el exterior haciendo cualquier cantidad de cursos, así que tendría que esperar a que el momento se diera y por fin salir de las dudas.

Llegó al país y su amigo insistió tanto en verse esa misma noche que él cedió solo por él.

—Venga, tío, está bien. Sólo déjame descansar un poco y después quedamos para un bonito sitio.

—No vayas a traer a ninguna de tus mujeres. Rebeca es una mujer seria y quiero que tenga una imagen buena de ti.

—Tío, por Dios, eso sonó demasiado medieval.

—Es la verdad.

—Vale, que no llevo a nadie.

Sí, estaba de malhumor porque quería salir de allí con cualquier excusa y follar. Pero bien, su amigo era su amigo y no había nada que hacer.

Quedaron en un restaurante que estaba en el centro. En cuanto llegó, se encontró a Alberto y se dieron un abrazo de esos sentidos. Mark olvidó lo pesado que se puso su amigo al sentirse feliz de verlo.

—¿Cómo te fue? —dijo Alberto con una sonrisa.

—Bien, no me puedo quejar. Debo decirte que las tías suecas son divinas y no se complican para nada, eh.

—No empieces.

—Solo te comento... Por cierto, ¿en dónde está la señorita en cuestión? Ya a estas alturas estoy que quiero saber quién te tiene así de enamorado. Pareces un tarro de dulce y promesas.

—No juegues con eso, tío. En serio te digo que esta es la mujer.

—Pidamos unas pintas mientras llegas. Así nos ponemos al día. Estoy que te tengo que contar un montón de cosas.

Los dos conversaron como siempre. Entre unas cuantas tapas y cerveza. Mark casi olvidó por completo que debían encontrarse con la chica en cuestión. Pero, sucedió y nunca pensó que se transformaría de manera abrupta.

Ella entró meneando el cabello, las caderas y sonriendo con una sonrisa amable, dulce y

también de sorpresa porque vio en la mesa a alguien que no conocía. Como fue de esperarse, Alberto estaba contento, pero Mark, el pobre tío, quedó aplastado por ese encanto y la belleza de esa mujer.

—¡Hola! Debes ser Mark. Lo siento mucho, traté de salir temprano, pero tuve que presentarme para un juicio. Traté de aplazarlo, pero el demandante quería hacerlo hoy. Por eso vengo a esta hora.

Alberto la sostenía de la cintura, mientras le daba un beso en la mejilla. Mientras, Mark estaba de pie, tratando de disimular que se había sentido terriblemente atraído.

Ella se sentó luciendo ese vestido negro ajustado, el blazer del mismo color, los zapatos de tacón y el cabello pulcramente peinado. Pero lo que realmente lo dejó tonto fueron esos ojos verdes y esos labios gruesos de color rojo. Su rostro, tan blanco y tan lindo, con una expresión que no había visto en las otras chicas.

Se sentaron a comer y a beber. Ella no dejaba de hablar de su trabajo y de que los juicios se estaban volviendo un poco pesados. Pero, lo más interesante del asunto era que si te ponías a ver la escena desde afuera, los dos estaban como embobados.

—Le hablé a Mark sobre ti. Él no me creía que fueras así de perfecta. Ahora ya lo sabe y me puede dar la razón.

Rebeca se puso un poco roja por la vergüenza y le tomó el rostro de su novio con una dulzura que encendió el interior de Mark con el fuego de los celos.

—Como sabrás, Mark, Alberto tiende a la exageración, pero supongo que ahí está parte de su encanto.

—¿Me excusan un momento? Es que acabo de llegar de viaje y estoy un poco mareado.

—¿Estás bien? —dijo Alberto con notable preocupación.

—Sí, sí, no te preocupes. Sólo voy a echarme un poco de agua en la cara y regreso.

Antes de levantarse, ella le dirigió una sonrisa y fue ahí cuando sintió que algo dentro de él se había roto para siempre.

El ruido del restaurante, la gente hablando, las copas chocando. Todo quedó en el profundo olvido, puesto que él estaba demasiado absorto en la imagen de ella que ya estaba en su memoria.

Entró al baño y abrió una de las puertas de los cubículos que estaban allí. Se sentó sobre la tapa del inodoro y se llevó las manos en la cabeza. Cerró los ojos y se le manifestó el fulano mareo que había mencionado en la mesa y el cual había inventado porque necesitaba un tiempo para entender lo que le estaba pasando.

Ella se le aparecía de manera constante, recurrente. Era tan fuerte que parecía sentir golpes de ella sobre sus retinas. Era doloroso y también exasperante.

Nunca en su vida había vivido por una situación así. Jamás, así que no entendía lo que le estaba pasando.

Por supuesto, siempre fue un hombre que no tuvo problemas con las mujeres. Era bien sabido que cualquier chica estaba a su disposición en todo momento. Pero ella se le apareció en un momento de su vida en el que puso en duda muchas de las cosas que ya un hombre de su edad había dado por sentado.

El corazón le latía con fuerza y la sensación de malestar se le estaba haciendo cada vez más real. No podía creer que se sintiera tan descompuesto.

Olvidó el sabor agradable de la cerveza, las tapas de bacon y aceitunas, el crocante del pan o las anécdotas graciosas de su amigo y las de él. Nada de eso tuvo más sentido.

Salió del lugar y fue al lavabo para echarse agua fresca. Se miró en el espejo y se sorprendió de su expresión de preocupación. Un poco más de agua, una rápida secada y saldría como si nada

hubiera pasado. También era experto en eso.

Volvió a caminar por el pasillo y antes de enfrentarse a la gente, se armó una sonrisa para fingir que todo estaba bajo control.

Los encontró riéndose y de nuevo el calor en el fondo del estómago, el malestar y las ganas de irse de allí. Ya no quería saber nada más.

—Oye, ¿te sientes mejor? ¿Qué tal si comemos algo? Quizás así puedas recuperar un poco el color.

—Alberto, también fue demasiado pedirle que viniera si acababa de llegar de viaje.

Rebeca le dirigió una mirada y sus ojos brillantes le dieron a entender que comprendía, de cierto modo, lo que le estaba pasando. Pero, ¿cómo cojones comprendería esa mezcla tan turbia de sentimientos?

—Vale, vale. Que no pasa nada. Debe ser la edad que me tiene con estos achaques tan molestos, hostia.

—¿Piensas quedarte? ¿O prefieres que nos veamos cuando estés descansado? —volvió a preguntar Rebeca.

—Creo que mejor me voy. No pensé que este tema del jetlag me afectara así. Qué molesto esto. De verdad que no quería arruinar la velada.

—No lo haces —dijo ella— poniéndole la mano sobre la suya— Sé que eres una de las personas más importantes para Alberto, y para mí es más que suficiente el hecho de que hayas hecho un espacio para conocerme.

El contacto de su piel hizo que sintiera como si una corriente de electricidad pasara por todo su cuerpo. Fue calor, frío, hielo, amor, terror, fuerza y debilidad. Todo eso, mucho de todo, que se juntó para que se diera cuenta que ya no tendría escapatoria de esa mujer.

—Gracias a ti. Bueno, espero que nos podamos reunir con mayor tranquilidad. Lo siento mucho.

Mark pidió un taxi y se fue a su casa con la cabeza dándole vueltas. Mientras estaba en el coche, no dejaba de pensar en ella. La tenía en su cuerpo como un virus y no había aparente cura para exorcizarse de esa situación.

Pagó, se bajó del coche y se quedó frente a la entrada de su edificio. Por fin estaba en su refugio. Introdujo la llave y se encontró feliz en medio del silencio y la tranquilidad que había en el rellano.

Llamó al elevador y se subió con el ánimo de servirse un trago y echarse sobre el sofá. De cierta manera, no era tan mentira el que estuviera cansado.

Al llegar, hizo todo lo que había proyectado en su mente y sintió un poco de alivio de que pudo devolver algo de normalidad a una situación que le supo tan extraña.

Sin embargo, al tener su vaso en sus dedos, al sentir el frío del hielo en la piel, se encontró a sí mismo en una situación que ya estaba clara: Rebeca se había convertido en su más profunda obsesión.

## II

Todos pasamos por una serie de situaciones que nos marcan de por vida. Momentos que moldean nuestro carácter y hace que actuemos de determinadas maneras. Para todos, por supuesto, los procesos son diferentes, pero resulta un viaje emocional interesante.

En el caso de Mark, ese viaje personal no había existido prácticamente para nada. Nació en el seno de una familia de gente pudiente y sin problemas de dinero. Sus padres eran médicos exitosos, así que el tema de las carencias no existía.

Tanto él como sus hermanos se dedicaron a carreras de prestigio. Él, en lo puntual, se dedicó a la Ingeniería Civil en una de las universidades más prestigiosas del país. A pesar de ser un tío fiestero y bastante animoso con las mujeres, él destacó por ser de los mejores estudiantes de la institución.

Mark siempre destacó por ser una persona encantadora y también de personalidad efervescente, pero además de eso era un tío de 1.90, blanco, cabello negro y ojos verdes brillantes. Por si fuera poco, tenía una sonrisa muy sensual y también una mirada que parecía que te desnudaba en un dos por tres. Así pues, las mujeres no representaban un problema demasiado serio o de qué preocuparse.

Eso también le dio la oportunidad de experimentar una serie de cosas que iban más allá de lo común. Le gustaba retarse a sí mismo, probar sus límites y se encontró con algo que le cambió la vida por completo: el BDSM.

Estaba con una chica bastante alocada, de esas con las que les gustaba estar, y ella le comentó sobre un estilo de vida que moría por probar y que estaba ansiosa por mostrarle.

—Sé que te va a encantar.

—¿De qué se trata?

—Ya vas a ver. Tráete la chupa de cuero y nos vamos ya.

Él estaba intrigado, pero todo lo que tenía que ver con sexo lo entusiasmaba mucho, así que no lo pensó demasiado. Se fueron en su coche y él manejó un largo rato por varias callejuelas. No sabía cuál sería la dirección, pero algo le decía que sería interesante para una persona como él.

Llegaron a la zona de muelles de la ciudad y Mark no podía dejar de pensar que todo era demasiado extraño como para procesarlo. Estaba fascinado por las luces del local, por esa mezcla de neón rojo y fucsia, también de oscuridad. Pero, lo más interesante —sin duda— tenía que ver con la gente que estaba presente. La variedad era impresionante.

Estaba maravillado por las pieles expuestas, los pechos libres y las pollas también. Por el látex, el cuero y la emoción de que todos que estaban en su ambiente más cómodo. La chica le tomó la mano y se la apretó con un poco de fuerza porque sabía que él había quedado ligeramente atontado por todo lo que estaba observando.

—Te dije que te iba a gustar.

Para la fortuna de los dos, tuvieron la oportunidad de ver una variedad de presentaciones interesantes, aunque le llamó la atención una sesión de látigos que se puso bien intensa y una de shibari en la cual tuvo que poner el máximo de su atención para poder captar la mayor cantidad de información posible.

Percibió algunos datos interesantes como el proceso de hacer los nudos, el uso de las cuerdas

en las articulaciones y la “decoración” para que todo el amarre total luciera tan bello y espectacular para la vista.

Salió de esas habitaciones y volvió a la reunión principal. La gente hablaba de lo más animada, corría el alcohol y también un poco de drogas.

—Esto es más tranquilo, pero es aquí, como viste, la gente le da rienda suelta a la imaginación de todas las maneras posibles.

—Es... Interesante.

—Es el BDSM. Aquí tratamos de que todos seamos tan libres como podamos. Es difícil hacerlo afuera, sobre todo cuando se nos ve como si fuéramos unos jodidos enfermos.

—Tienes que hablarme más al respecto. De verdad que no puede ser que no haya conocido nada de esto antes.

Ellos se sentaron en lo que era un bar. Pidieron un par de tragos y comenzaron a hablar del asunto. Ella estaba entusiasmada porque estaba compartiendo su mundo con un tío con el que le gustaba coger, así que cabía la posibilidad de experimentar y divertirse mucho más.

Pero para Mark la situación era ligeramente diferente porque eso también quería decir que él estaba en un mundo de maravillas que nunca imaginó. Claro, era fanático del sexo y le gustaba estar rodeado de mujeres, de tías buenas que lo sedujeran, pero siempre tuvo la necesidad de ir un poco más lejos, de probar un poco más, de experimentar con cosas nuevas y más atrevidas y eso, al parecer, era la respuesta que estaba esperando.

Mientras ella se explayaba, él abría los ojos más y más fascinado con todo aquello. La chica le dio largo y tendido sobre las prácticas y él estaba almacenando toda la información en su cerebro como si se tratara de vida o muerte. No era alguien que particularmente mostrara interés por lo general, pero cuando algo le llamaba la atención, no había nadie que le quitara los ojos sobre ese tema en particular.

La cosa es que aún quedó curioso sobre todo el tema, así que pensó que sería buen plan el buscar un poco más de información. Entonces, tras haberse ido de fiesta y de tener una buena ronda de sexo, se animó a indagar más sobre lo que tanto lo mantuvo atrapado.

Dejó a la chica y fue a su residencia porque le gustaba hacer aquellos menesteres en soledad. No quería que nadie lo distrajera y ansiaba el momento de poder aclarar todas las dudas que tenía en mente.

Se encontró con una cantidad maravillosa de información, con datos, testimonios y con historias fascinantes. Estaba impresionado por todo lo que había en Internet, pero lo que sin duda fue realmente satisfactorio fue el hecho de tener a una persona que se lo ayudaría a entender todo como era debido.

Se sintió inclinado por probar algunas cosas, de hecho, pensaba poner en práctica un poco de tortura con fuego y/o quizás electricidad. Probablemente sería una cuestión divertida para ver y su amante de turno seguro se mostraría entusiasmada.

El hecho que puso su creatividad a volar tanto como le fue posible. Sí, la pasó bien, pero ya se había aburrido de la chica y así pues pasó a otra... Y a otra...

La vida de Mark se enfocó desde ese momento hacia el hedonismo. Cualquier cosa que se lo impidiera o significara algún tipo de obstáculo, lo removería por completo. En cambio, haría el equilibrio con el hecho de trabajar como nunca.

Entre los periodos que se dedicaba al placer, hablaba con Alberto y compartía con él sus inquietudes profesionales. Incluso formaron una pequeña sociedad que aceptaba proyectos. Fue una especie de alianza que funcionó hasta luego de terminar la universidad, aunque para Mark, un hombre de espíritu libre, prefirió hacerse un lado y dedicarse a emprender proyectos en el

exterior. Eso le dio la fuerza a Alberto de iniciar su propia empresa y tener el éxito que tenía en la actualidad.

Pero, a pesar de los vaivenes de las mujeres en su vida, de los gustos y placeres que gozó, nunca se le cruzó por la mente que sería capaz de obsesionarse con alguien. Era simplemente absurdo.

Todas las mujeres que quiso, cualquiera que le produjera un mínimo de gusto o placer, caía casi siempre en sus manos y no había resistencia alguna. ¿Quién podría decir lo contrario? ¿Quién podría decir que él no era atractivo? Muy por el contrario, más bien tenía que ingeniárselas para salir de situaciones de celos y enfrentamientos de mujeres que siempre querían estar con él.

Desde hacía tiempo había escuchado a Alberto sobre Rebeca. Lo que ella hacía, lo que no, cómo se portaba, cómo lo trataba, la manera en cómo lo hacía sentir. En fin, esas cosas que comparten los enamorados como si se tratase de información vital.

Él se aburría por esas cosas porque no le veía ningún sentido. También le pasaba eso porque nunca se había enamorado y para él esas emociones le resultaban un poco inconvenientes para no decir otra cosa.

Pero bien, por cosas del destino, por crueldad de alguna entidad, Mark se encontró de frente con una situación bastante nueva. Después de esa cena, de ese malestar y esa situación incómoda, el rostro perfecto de Rebeca se había instalado en él.

El día siguiente fue una verdadera tortura para él, un castigo del que no podía huir y se preguntaba constantemente por qué le tocaba vivir una situación como esa.

Trató de trabajar como siempre, de atender las reuniones, de escribirle a la chica con la que saldría después. Pero todos esos esfuerzos por volver a esa normalidad fueron inútiles. Cualquier intención de retomar su vida parecían tontos, superficiales y una verdadera pérdida de tiempo.

Estaba sintiéndose desanimado, así que decidió hacer lo opuesto para ver cómo podía manejar la situación. Entonces decidió sentarse en su enorme escritorio, después de terminar la reunión y disponerse así a buscar información de Rebeca.

Lo primero fue hacerlo por Facebook, todos tienen Facebook, así que sería sencillo ver un poco sobre ella. Sin embargo, para su sorpresa, ella no tenía un perfil, pero sí uno de Instagram. Bien, hizo clic para ver un poco más.

Se encontró con una foto de ella. Una sonrisa amable, dulce y sencilla. El cabello suelto capturado justo con una brisa delicada y, de fondo, Alberto, quien estaba haciendo alguna mueca. De seguro fue tomada en una de esas vacaciones que hacían.

A diferencia de la primera vez, el calor de los celos fue un poco más moderado, pero eso no quería decir que habían desaparecido. Ni en broma. Mark dejó ese asunto hasta ese tamaño y más bien se concentró en pensar en los álbumes de fotos que tenía a su disposición. Revisó uno de su familia y notó a sus hermanos que estaban con ella, sus padres y un Golden Retriever que parecía posar para la cámara. Era la viva imagen de una familia perfecta.

Siguió mirando y no pudo evitar conmoverse con una foto de ella cuando tenía unos 10 años. Su madre la había comentado, al igual que sus amigos y, claro, Alberto. Tenía el cabello corto, una sonrisa a la que le faltaban un par de dientes y un lindo vestido de cuadros rojos. Esa misma dulzura se la había visto cuando se encontraron por primera vez. Su corazón estuvo a punto de derretirse.

Tocó la pantalla como si pudiera traspasarla, pero continuó con su investigación. Le llamó la atención la cantidad de información en forma de fotos, recuerdos y hasta videos. A pesar que ella comentaba poco, la gente parecía demostrarle su cariño de manera genuina.

Más fotos, más recuerdos y uno que otro video de ella sonriendo, siendo dulce y terriblemente

hermosa. Sin embargo, el verdadero problema se vino después, justo cuando pensaba que no podía más. Tenía que ver con una foto de ella recién recibida como abogada.

Estaba dando el discurso de graduación, tenía el cabello recogido y la expresión de tranquilidad. En esa imagen no había público porque sólo era sobre ella. Quizás había sido su madre o su padre quien le había tomado la foto, pero lo cierto es que, para Mark, esa imagen bastó para que ver la verdadera esencia de ella. Sería, dulce, profesional y, claro, hermosa.

Cerró la sesión y se quedó pensativo. Por alguna razón estaba sintiéndose más tranquilo, pero eso no quería decir necesariamente que la tormenta había pasado. Para nada. Estaba claro que apenas había sido el comienzo, por lo que tenía un par de opciones que debía analizar: podría ir a un psicólogo para menguar la situación lo más que pudiera o, por el contrario, entregarse más y más a esos sentimientos que sabía podrían darle problemas.

Optó por lo segundo como buen rebelde. Mandó todo al diablo y así estaba bien, ¿qué podría ser peor? ¿Saldría algo mal? Para nada, quizás si solo lo veía como un ejercicio interesante, así que pensó que no habría de preocuparse por ello.

Sin embargo, cuando nos exponemos a vivir situaciones que pueden ser potencialmente peligrosas, no sabemos realmente las consecuencias que puedan acarrear al respecto. Las amenazas están allí, latentes y las cosas pueden salirse de control con tan solo un chasquido. Todo se puede irse a la mierda rápido y sin darnos cuenta.

Para Mark, cualquier advertencia que podría formular su propia mente no servía de mucho. Su instinto le decía que tuviera cuidado, que no subestimara esa oleada extraña que estaba experimentando, que no dejara avanzar esas intenciones. Pero, de nuevo, fue completamente inútil.

### III

La psicología inversa no funcionó con Mark. El haberse metido en ese perfil de Instagram solo fue una bomba de tiempo porque comenzaría a tener comportamientos un tanto fuera de lo que lo común.

Por supuesto, comenzó a ver la cercanía que tenía con su amigo Alberto para conocer más sobre ella y también para verla con cierta frecuencia. Tenía que tener un poco de cuidado, de todas maneras, porque tampoco podía dejar en claro que le gustaba Rebeca.

Al principio la situación fue casi como estar enamorado solo. La veía y sentía el frío en el estómago, no podía dejar de pensar en ella y casi siempre tenía la necesidad de decirle que estaba enamorado, pero obviamente se trataba de una jugada más bien tonta.

Mientras, aprovechaba los espacios que pudiera. Y así iba el crecimiento de un deseo que se hacía más grande y también animal.

Un día ella lo invitó a hacer una visita para ver arreglos florales cuando no pudo encontrarse con alguien más. Rebeca tenía pena, pero no podía rechazar la idea de tener algún acompañante por más raro que fuera todo aquello. Él, a ese punto, ya había admitido que estaba enamorado de ella y que deseaba estar con ella. Así pues, que se llevó una gran sorpresa cuando le pidió su compañía para ver más sobre ese asunto tan banal.

Tenía un vestido negro de puntos blancos, unas zapatillas Converse tipo botín y el cabello en un moño como de bailarina. Los labios rojos como siempre y esa sonrisa que era capaz de mover cualquier tipo de voluntad.

La vio ir hacia él con su chupa de jean rasgado y con un bolso de ratán. Caminaba mirando el móvil y él, estando de pie como estaba, la miraba como si estuviera tan atontado como para decir palabra alguna.

—Sé que es un poco tonto pedirte que estés aquí, pero es que todas mis opciones se agotaron.

—No te preocupes, quizás así aprendo algo, ¿no?

Los dos pasaron parte de la tarde mirando flores y hablando de arreglos, para Mark, sin embargo, se trataba más de casi estar en una cita. Ella, en cambio, estaba un poco nerviosa por el tema de la boda. Se veía cansada y un poco preocupada.

Estaba en una de esas tantas florerías de la ciudad y fue cuando la miró de pie, junto a unas macetas, se sintió tan conmovido que sacó su móvil para tomarle una foto. En su mente, ya tenía la excusa perfecta, era para su amigo Alberto.

Ella ni se inmutó, estaba demasiado concentrada en lo suyo y no se dio cuenta de aquello... Hasta que vio el flash.

—¿Qué haces?

—Pues, que te ves tan maja que pensé que Alberto se moriría un poco más si le mandaba una foto tuya.

Ella se puso un poco roja.

—Gracias, aunque seguro se me notarán más las ojeras y la preocupación por la boda.

—Tía, relájate. Estamos viendo flores, ¿qué más entretenido que las flores?

Rebeca se rió a carcajadas y asintió.

—Vale, pongámonos creativos y así nos divertimos un rato.

Él sintió una especie de aire de victoria en su interior. Aprovechó de nuevo la oportunidad de estar cerca de ella y de tener imágenes que alimentaran también ese deseo que no dejaba de crecer por ella.

—Vale, ya podemos mandarles unas. Seguro se muere un poco de amor por ti. ¿Qué te parece?

—Pues, no estaría mal. Así aprovecho para tenerlo para mí, mientras no se arrepiente de estar con una tía como yo.

—Deja de tontear. Él es muy afortunado.

No pudo evitar decir esas palabras y fue cuando se encontró con el brillo tan especial de los ojos de ella.

—Yo también soy muy afortunada, Mark. Podemos decir que hemos coincidido y que no está tan mal la situación. ¿Qué te parece?

—Pues, me va perfecto.

Él la invitó a comer y se hizo pasar por el mejor amigo que ella pudiera tener. Estaba en el ese papel, pero se estaba dando cuenta que eso no era suficiente. Era quedarse corto y ya no quería quedarse corto.

Quedaron en que el encuentro para las flores había sido divertido y que quizás se reunirían de nuevo para seguir riéndose como siempre. Él la dejó cerca de su trabajo y la despidió con un beso y con la promesa de que le enviaría más fotos a Alberto para que se derritiera más.

La cuestión fue más bien distinta. Comenzó a andar en el coche y fue rápido a un fotoestudio para revelar las fotos que había capturado con el móvil. Habló con la señorita que obviamente estaba interesada en él, y esperó unos minutos para las imágenes. Cuando las tuvo en sus manos, sintió que tenía algo muypreciado que también podría delatar sus sentimientos con rapidez. Entonces tendría que guardarlas, tendría que esconderlas.

De nuevo, se encontraba en una situación nueva, inesperada y no sabía muy bien qué hacer. Salvo que estaba guiándose por un instinto que desconocía, pero que estaba haciéndose cada vez más y más familiar.

Llegó a su piso y se encerró casi sintiéndose que había cometido alguna especie de crimen, prácticamente como si estuviera huyendo de alguna circunstancia difícil. Lo cierto es que se echó en el sofá y se puso a ver con mayor detenimiento todas esas fotos que la llevaban a ella, otra vez.

Se veía hermosa, sublime, con esos ojos verdes que le brillaban como dos estrellas y esos labios que la hacían ver como una diosa. Las flores adornaban su rostro y toda su humanidad. ¿Acaso había algo más lindo que eso? No. Seguramente no.

La seguía mirando, pero con una sensación diferente a la de la primera vez. Su percepción hacia ella estaba cambiando drásticamente, casi a velocidad que no pensó sentir. Antes, sólo pensaba en adorarla, en amarla hasta que la piel y el corazón se les desgataran, pero esta vez, la situación estaba tornándose más oscura de lo que hubiera querido admitir.

Sus ojos estaban fijos en la mirada dulce de ella. Entonces sintió cómo poco a poco su entrepierna se estaba volviendo cada vez más y más dura y así fue que se dio cuenta de que ya no podía más. Que tenía que masturbarse en el nombre de Rebeca.

Estaba sentado en el sofá y procedió a bajarse el cierre del pantalón y a desabrocharse el botón. Lo hizo despacio, como si quiera preservar el ritual cada vez más y tanto como pudiera. Se bajó todo y la vio allí, como si estuviera mirándole, posándole, diciéndola que era suya y que quería que la tomara.

La mente de Mark estaba retorciéndose poco a poco y él se estaba entregando a todo aquello sin ningún tipo de remordimiento.

Su mano entonces fue a parar a su polla que ya estaba dura y lista para una sesión intensa de

toqueteos fuertes. Apenas lo hizo, el glande comenzó a humedecerse y solo podía pensar en los labios de ella chupándolo, en la lengua que se prepararía para envolver esa polla con toda la humedad posible.

Podía ver incluso sus manos y sus delicados dedos masajeando de manera tan hermosa y espectacular, mientras estuviera arrodillada. Todo haciéndolo con una paciencia tremenda, con un amor y dedicación como ningunos. Ella debía hacerlo bien, más que bien.

Cerró los ojos para poder desconectarse mejor y poder abrirse paso en ese viaje tan lejos como pudiera. Pero, en otro escenario, él se encontraba vestido y sus manos eran las protagonistas de una serie de caricias suaves y delicadas que estaban con el único fin de quitarle la ropa y dejarla desnuda. Deseaba admirarla para que el deseo volviese otra vez.

Su mente se llenó de escenarios posibles en cuanto a la forma de su cuerpo. El vestido que tenía cuando se vieron le marcaba un poco la cintura y también dejaban entrever el tamaño de sus pechos los cuales, por cierto, se veían pequeños y firmes.

Sus piernas eran delgadas y las caderas un poco anchas. Pero sí, podría decirse que tenía una figura delicada, suave, como esas que puedes ver en los cuadros. Ese recorrido en su mente era glorioso porque se la imaginó de todas las formas posibles.

Lo que sí tenía seguro era ese cuerpo cuidado, la piel suave porque llegó a rozarla un par de veces y el olor perfecto de su cabello siempre peinado. Estaba tan concentrado que casi podía sentir que los dos estaban juntos en ese momento. Podía respirar su aliento y, en el mejor de los casos, besarla.

En su sueño, en su fantasía máxima, sus manos estaban en su cara y lo acariciaba con lentitud y también con dedicación. Lo hacía lento, también para darse el gusto de hacerlo tanto como fuera posible. No quería salirse de allí, pero claro, deseaba ir un poco más lejos, así que su cerebro se preparó para preparar otra escena que fuera interesante y quizás aventurera.

El morbo que sentía por ella era grande, así que quería ponerle un poco más de morbo. Fue así que la tuvo desnuda y se la imaginó sobre la cama, despeinada y con las mejillas sonrosadas. Las piernas estarían abiertas esperando por él, y seguramente sus labios rosados y o de una tonalidad dulce, estarían empapados debido al nivel de excitación que tenía.

Ese momento sería cumbre porque no sabría exactamente qué haría al respecto. La indecisión hacía que le dieran más ganas de agarrarse la polla y eso lo estimuló lo suficiente como para que continuara con el ese deseo que ya no podía más.

En su imaginación, él solo se inclinó un poco para acercarse y así proceder a besarle el coño con suavidad primero, pero después con el ímpetu necesario para continuar. Su lengua se paseó por todos esos pliegues y comenzó a degustar eso tan delicioso que tenía en su boca. El sabor de ella era increíble, exquisito.

Pero lo mejor vino después, cuando dejó que saliera a relucir el impulso dominante que vivía dentro de él.

Entonces la pensó aún arrodillada y con los ojos fijos en los suyos, con ese rostro perfecto y con la expresión de que estaba esperando el momento de chuparle la polla tan pronto como fuera posible. Ella sacó su lengua y le dio una lenta lamida, tan lenta que él pensó que se desvanecería entre una y otra.

Pero él, a pesar de estar volando con su boca, ansiaba controlarla y hacerle entender que no se daría marcha atrás en cuanto a las provocaciones que quería hacerle. Entonces le tomó el cabello con firmeza y experimentó de nuevo esa textura suave y delicada entre sus dedos. El perfume de flores que salió por el roce y que lo tenía embriagado. Loco.

Con eso controló el ritmo de la situación y también sirvió para hacer que ella comiera más y

más de él. Era exquisito como nada en la vida. Podía sentir que era posible correrse en ese momento, pero su cuerpo de negaba, como si quisiera hacerle entender que no era posible, que más bien tenía que soportar más porque no era el momento de cortar las cosas.

El mismo brío que tenía por cogérsela fue tal que la tomó por el cuello como cuando solía hacerlo con sus sumisas. Lo hizo con firmeza porque ella era diferente, era el objeto de su amor y de su deseo desenfrenado. Así que lo hizo entre poseído y amoroso, como con ganas de conquistar esa piel y también con ganas de desintegrarse en él.

Hizo que se acostara en una cama y la dejó allí para penetrarla, porque solo podía pensar en eso, en penetrarla. Le abrió las piernas con violencia y miró un poco de pánico en su rostro, pero no había nada de qué preocuparse porque solo era una fantasía y él podía hacer lo que le diera en gana.

La atravesó con su carne y, por supuesto, la hizo gritar, gemir, jadear. La vio llorar y morderse los labios con fuerza al punto de sacarle un poco de sangre. Siguió penetrándole y mirándola con esos de perdición. Ella, de vez en cuando, suplicaba a la par que le clavaba las uñas en sus brazos. Gracias a ese dolor, él sentía el impulso lo llevaba a la locura y a las ganas de más y más.

Se corrió dentro de ella, la llenó de su leche y luego terminó por tomarle del cuello para demostrarle que estaba desesperado por hacerla suya. Al terminar, Mark abrió los ojos y se dio cuenta que estaba todo mojado y también acelerado. Fue una de las fantasías más intensas que había tenido y sentía que la cabeza la tenía llena de aire.

Se quitó el resto de la ropa hasta quedar desnudo y caminó hasta la cocina que estaba cerca para lavarse las manos. De manera sorprendente todavía estaba excitado. Te la polla tan dura y tan caliente como pocas veces en su vida. Era prácticamente tener un nuevo nivel de excitación que no había vivido anteriormente.

Mientras se enjuagaba las manos, se echó para atrás porque necesita un poco de respiro. Estaba acelerado como nunca en la vida y necesitaba un poco de tranquilidad. Seguía lavándose las manos como si aquello pudiera ayudarlo en algo, pero no fue así, más bien tuvo una especie de efecto contrario e iba más sobre el hecho de que estaba quebrándose más y más.

Terminó de tranquilizarse y se echó de nuevo en ese mueble para relajarse. Pensaba en ella como siempre, pero la intensidad de sus emociones iba a una velocidad impresionante.

Llevó sus manos a la cabeza y comenzó a respirar para sentir que tenía un poco de control de sus emociones, pero estaba consciente de que no era así. Frente a él se estaba dibujando un abismo peligroso y también intimidante. La angustia le estaba comiendo el cerebro y ya no sabía qué hacer.

Los pocos vestigios que tenía de cordura evitaban que tomara una decisión extrema. Así que pensó que lo más conveniente que podía hacer era alejarse de Alberto y de Rebeca. Quizás de esa manera podría pensar un poco, quitarse el rostro de ella de su cabeza y, quizás, ver un poco de luz en todo el asunto. Entonces puso manos a la obra.

La excusa de alejarse se vino en un momento interesante porque se le presentó la oportunidad de viajar a asesorar a una cadena de hoteles prácticamente al otro lado del globo. No sería una temporada demasiado larga, pero al menos estaría lo suficientemente ocupado como para no pensar en esas cuestiones.

Tomó el vuelo sin dejarle de prometer a su amigo que no se iría por demasiado tiempo. Alberto quería asegurarse de que su mejor amigo estuviera tan involucrado como fuera posible. No lo quería lejos y deseaba que lo acompañara tanto como fuera posible.

—Vale, vale, no te preocupes. Es un proyecto que he aceptado porque me parecía demasiado bueno como para rechazarlo. Y sí, yo haré todo lo posible para ayudarte en lo que sea para la

boda. Recuerda que hasta acompañé a Rebeca a ver las flores y ya sabes qué me parecen todas esas cosas.

Colgó el teléfono antes de subirse al avión y esperó con todas sus fuerzas que la imagen de ella se le borrara al menos un poco. Sabía que no sería fácil, pero la distancia podría ayudar un poco.

Se olvidó del móvil durante largo rato porque debía registrar la maleta, hacer el chequeo, esas cosas de siempre. Luego, se preparó para quedarse en la sala de espera y estar allí a que llamaran su vuelo. Justo buscó su aparato para matar el tiempo, y fue allí cuando vio un mensaje de ella deseándole un feliz viaje. Adjunto, le envió una foto con una sonrisa.

De nuevo, sintió que parte de su interior se iba desintegrar poco a poco. Sintió emoción, pero también un poco de rabia porque francamente no quería saber de ella. Pero ahí estaba, como un recordatorio de que se le haría imposible escapar de todo aquello.

No le respondió, si lo hacía sabía que iba a caer en ese juego interminable de quererla para sí. Así que escondió el móvil y se refugió en el hecho de que ese viaje lo estaba esperando para darle término a muchas cosas para volver a su realidad que ya tanto extrañaba.

El proyecto resultó ser más intenso de lo que había pensado, pero eso era lo que justamente él quería. Deseaba algo que fuera mentalmente fuerte para que pudiera distraerse y así mantener la cabeza ocupada, al menos tanto como fuera posible.

No obstante, la situación se puso realmente cruda cuando una noche, luego de unos cuantos tragos, comenzó a coquetear con una chica de un bar. Era bella, una morena de pelo negro y largo, y lo suficientemente atractiva como para que se le pusiera dura la polla.

La llevó a la habitación de su hotel y comenzó con los toqueteos y los besos típicos para calentarse. A ese punto, estaba sintiéndose mejor que nunca porque daba la impresión de que estaba retomando esa vida de mujeriego que tanto lo caracterizaba.

Entonces, pasó lo peor. Ella estaba con las piernas abiertas, a punto de recibirlo y su mente hizo que el rostro de ella se pusiera sobre el de esa mujer que apenas conocía.

Se asustó, como fue de esperarse, y también sintió un poco de morbo porque podía imaginarse que ella estaba allí. Pensó en relajarse y en aprovechar la oportunidad.

No esperó excitarse tanto como ya lo estaba, pero no era de extrañarse porque la sola idea de pensar en ella le movía todos los sentidos posibles. Se puso las piernas de ella sobre sus hombros y le puso la verga tan adentro, que la chica comenzó a gemir como si estuviera en celo.

Él, por su parte, se sintió como si se encontrara en una especie de trance, lo empujaba cada vez más. Prácticamente en el descontrol.

De vez en cuando se erguía para tomarle del cabello o del cuello, dependiendo del nivel de excitación que tenía. Pero bien, a veces era tan fuerte que tenía que recordarse a sí mismo que tenía que calmarse, que no podía dejarse llevar por todo eso. ¿La razón? Al final, no se trataba de Rebeca y no quería quedar como un salvaje.

Siguió follando a esa mujer como si tuviera la fuerza de un animal salvaje. Después de correrse, se levantó de la cama para lavarse la polla y también para echarse un poco de agua en el rostro. Se miró por un largo tiempo. Fue ahí cuando tuvo que enfrentarse a una cruda realidad, al hecho de que esa noche de sexo no serviría para borrar el sentimiento que tenía por ella.

Se echó más agua y se volvió a mirar. Tuvo que ser objetivo. El viaje no estaba funcionando y menos el haberse acostado con otra mujer. Sus planes estaban yéndose al caño y se encontraba en una especie de laberinto sin salida.

Bien, antes de desesperarse pensó que la mejor que tenía a la mano era esperar a que los días pasaran para asegurarse de todas esas conclusiones que sacó durante la ausencia de la ciudad.

Entre tanto, recibía mensajes constantes de Alberto y también de Rebeca. Le preguntaban cómo

estaba y hasta le enviaban fotos de ellos dos. Como si eso fuera necesario. El corazón de Mark, el que estaba llenándose de amor, estaba haciéndose cada vez más y más sombrío. No estaba dejando nada bueno y esa fue una clara señal para él que no habría ninguna vuelta atrás.

Terminó el proyecto faltando cada vez menos para la boda. Miró el calendario de su móvil y pensó en llevar a cabo una idea que había pillado en una película. Quizás así podría darle un alivio a su corazón roto. Ya había asumido que él único lugar que tendría en el corazón de ella sería el de un buen amigo y nada más.

Llegó a la ciudad sin decirle nada a nadie porque quería pasar tiempo y alejado de los demás. Quizás así tendría un poco de claridad en todo el caos que tenía en su mente. Se encerró en su habitación y miró al techo fijamente.

Entre todo lo que le estaba dando vueltas, recordó un espacio vacío que tenía en el clóset, uno que le recordaba que debía hacer algo urgente porque se veía muy vacío y hasta triste. Entonces visualizó la idea que había pillado en la película que había visto hacía poco. Se levantó como con energías repuestas y encendió el bombillo que había allí.

Era un lugar pequeño, muy pequeño, pero era perfecto para los planes que tenía en mente. Lo primero que hizo entonces fue buscar las fotos que se había llevado de Rebeca y comenzó a ubicarlas a lo largo de las paredes blancas. Todo aún se veía vacío, pero no había problema porque tendría suficiente material con el paso de los días.

Fue cuestión de tiempo para que Alberto y Rebeca supieran de regreso de Mark, así que las citas y los encuentros se dieron con más frecuencia. Mark aprovechaba su posición de amigo para sacar fotos como para documentar la aventura de la relación de ellos, pero más bien era una forma de tener imágenes de ella y también para alimentar profusamente esa obsesión que estaba materializada en algo real y oscuro.

Cada tanto, ese espacio de 2x2 se estaba llenado de fragmentos de Rebeca. De su sonrisa, de sus ojos brillantes, de sus labios rojizos, de la piel blanca. De parte de sus piernas, de sus brazos, hombros y dedos delicados que tomaban las cosas como si tuviera una superficie delicada. También capturó esas partes del cuerpo que tanto le intrigaban, a su escote y parte de su torso que a veces lucía cuando hacía días muy calientes y lo exhibía con alguna camiseta que le quedara ligeramente corta. Cada detalle de su cuerpo le recordaba el deseo desenfrenado que sentía por ella.

Para cubrir los rastros, hacía dos cosas: las fotos las extraía de su perfil de Instagram y trataba de seleccionar el contenido que no fuera tan reciente, también se enfocaba en imprimir las imágenes que más les gustaba en su casa. Había comprado una impresora especialmente para hacerlo y así no tener que ningún indicio para alguna autoridad de que había hecho lo que había hecho en alguna tienda.

En cuando se le ocurrió que probablemente dejaría un rastro de esas visitas que había hecho en Internet, limpiaba el historial religiosamente, aunque trataba de visitar ciber cafés con cierta frecuencia para hacer todo aquello. Cada vez más estaba haciendo lo posible para que nadie supiera que en ese plan.

Ahora, la parte interesante. Las emociones de Mark se estaban volviendo cada vez más complejas e intrincadas. Ya no era la misma persona que le debía cierta devoción a Rebeca. De hecho, estaba en esa faceta en la que no lo tenía lo suficientemente claro. La amaba de alguna manera, pero también no podía dejar de pensar en las ganas que tenía de hacerla suya tantas veces como fuera posible.

Una noche llevó una silla, un trago que había preparado y una caja de cigarrillos. En la mesa ya lo estaba esperando un zippo de color negro mate. Puso la silla y abrió el clóset, el espacio que

estaba allí, de par en par y encendió el bombillo. Las paredes se iluminaron y dejaron entrever un papel tapiz en el que figuraba todas las versiones de Rebeca. Todas. Incluso había un par de imágenes de cuando era niña. Todo estaba allí como si fuera un archivo de su vida.

En la mesa dejó las cosas que lo acompañaban esa noche, pero resultó que ese había sido su ritual desde hacía unas cuantas noches y no variaba mucho salvo por el hecho de fumar. No lo había hecho desde la adolescencia, pero, por alguna razón, lo retomó.

El aspecto que él tenía hubiera dejado a cualquiera sorprendido. Mark era un tío que se preocupaba mucho por su aspecto, que se veía siempre prolijo. Por lo general, usaba trajes para el trabajo, porque la elegancia era algo que siempre respetaba de sí mismo. Además, solía combinarse la ropa, llevar un buen perfume, el cabello bien cortado y la barba también.

Pero llevaba días en que no iba a la oficina, tenía días que no quería estar en contacto con la gente y su obsesión con ella estaba haciéndose cada vez más y más honda. Las noches tomando frente a la pared de devoción que tenía de ella también se habían convertido en ocasiones en donde tenía largas sesiones de masturbaciones. Su semen se desperdigaba por todas partes, dejándolo libre para sacar esa necesidad de penetrarla con toda la fuerza del mundo.

Se masturbaba constantemente y en vista de la situación, quiso verse con un psicólogo para tratar la situación. Lo pensó, lo pensó incontables veces, pero no le hizo caso a nada de lo que pensaba porque su mente estaba ocupada por ella. Solo por ella.

Su comportamiento era errático y bien problemático, incluso le estaba afectando en el trabajo. Estaba cayendo en un punto bastante peligroso y no quería pensar siquiera lo que sería de no poder lograrlo.

Necesitaba hacer algo, necesitaba cambiar las cosas o al menos canalizar su energía en algo que fuera más productivo y útil. Necesitaba moverse, sobre todo porque la boda de su mejor amigo y de la mujer que tanto le rompía la cabeza. El reloj estaba haciendo tic tac sin freno.

El cuartito que tenía en su piso le dio la idea. ¿Por qué no tenerla a ella en persona? ¿Por qué no hacer realidad el sueño de tenerla consigo y olvidarse de las odiosas fotos? Por fin triunfaría y la tendría para sí todo el tiempo que fuera necesario.

Ese día justamente se vería con ellos y con el resto de los miembros para practicar la ceremonia. Supuso que eso tendría que ver con Rebeca y su afán maravilloso de tener todo bajo control. Se sintió conmovido y también enternecido porque sabía que ella manejaría las cosas tanto como les fuera posible.

Se vistió y trató de arreglarse como siempre. Tenía que fingir hasta el final que todo lo tenía bajo control. Al llegar al lugar de la ceremonia, vio a Rebeca y a Alberto más melosos y enamorados que nunca. Ella le tomaba la mano con firmeza, mientras que él le acariciaba parte de las manos con sus dedos.

Desde una distancia prudente, Mark los veía con el estómago encendido y con el nerviosismo de tener que controlar los celos que estaban a punto de explotar en su interior.

Tenía una cara bien descompuesta y lo peor de todo es que no aprovechó siquiera las insinuaciones de una de las damas de honor que lo veía ensimismada cuando vez que podía.

Rebeca parecía un hada en un bosque, una ninfa, una diosa delicada. Tenía un vestido de flores y las mismas Converse de la otra vez. Una chupa de jean porque el clima estaba fresco y el cabello suelto y bien peinado. Sonreía, eso sí, sonreía sin parar.

Se derretía y volvía a sentir los celos que le quemaban. Estaba desesperado y necesitaba un respiro entre todo aquello.

—¿Por qué estás así? ¿Pasó algo? ¿Estás bien? —preguntó ella en una de las chances que tuvo para acercarse a Mark.

—Sí, sí, solo que no he dormido bien. Estoy cansado, es todo.

—¿Seguro? Tenemos bocadillos para todos para después. ¿Te apetece algo?

Esa pregunta la hubiera contestado con toda la sinceridad posible. Hubiera dicho que sí, que sí le apetecía algo que era ella, que la quería tener para él, pero que no podría ser porque era la mujer de su mejor amigo y eso, por cierto, le causaba una bronca épica que no sabía qué hacer con eso. Sin embargo, ante la tentación de decir algo más, se quedó callado y aceptó la oferta de comer un poco. Quizás así se sentiría bien de verdad.

Lo cierto es que pasó el resto de la tarde y noche con la certeza de que no podría más. Estaba malhumorado y también acomplejado porque nunca en su vida había vivido una situación remotamente similar. Comió con ira y con indignación, también frustración. Volvió a excusarse diciendo que no estaba bien y que quería un poco de tiempo a solas.

Apenas se subió al coche, tomó el volante con fuerza. Fue allí cuando sintió que estaba a punto de quebrarse en dos partes. Se le salió una lágrima y sintió un dolor real en el pecho. El corazón le latía con fuerza y la sangre le estaba corriendo por todo el cuerpo con una impresionante velocidad.

Lloró por una mujer y gracias a eso, la única que se le ocurrió fue pensar que lo mejor que podía hacer era tomar la venganza como la poderosa arma que necesitaba. No podía verlos juntos, no podía pensar que ella sería para él y no soportaba ese rostro lastimero de ella preguntándole si estaba bien. Odiaba eso, no lo soportaba.

Alzó la cabeza y miró a la distancia el sitio en donde se llevaría a cabo la boda. Sintió esa ira desmedida y finalmente, el Mark encantador y mujeriego, había muerto en ese momento.

## IV

Mark comenzó a moverse de manera rápida, sin perder el tiempo. Compró una casa en las afueras, un lugar que estaban rematando porque se encontraba abandonada, así que era una propiedad que se ajustaba perfectamente a sus necesidades.

Era una casa de un piso con un amplio sótano, la agente inmobiliario le dijo que el dueño anterior tenía ese espacio destinado como un gimnasio y que le sacó mucho provecho.

—Usted parece una persona que le importa su físico, así como cuidárselo. Probablemente ese espacio le parezca más útil de lo que cree.

—Sí, sí... Probablemente.

Estaba taciturno y poco interesado en la que la mujer le decía, salvo algunos hechos puntuales sobre la ubicación, sus maravillosas ventajas y también la privacidad que obtendría. Algo muy importante para él y para los planes que tenía.

El lugar era un desastre porque tenía mucho sin habitarse y la cantidad de polvo era bestial. Pero tenía la energía suficiente como para activarse y trabajar de manera continua.

Así pues, pasó una cantidad indefinida en esa casa, limpiando, acomodando, haciendo todo para que estuviera apta para Rebeca. Porque sí. La tendría lista para que ella estuviera con él e hiciera todo lo que él quisiera, sin ningún tipo de reparos.

El primer piso estaba en las mejores condiciones posibles, había armado una habitación para él, acondicionado el baño, la cocina y la salita que tenía.

Pero el trabajo más complicado sería el sótano por lo seguro, se trataba de un sitio en donde ella viviría y lo esperaría todo el tiempo necesario para recibirlo en sus piernas. La dejaría allí, ansiosa de más todas las veces que fuera necesario.

Aunque su obsesión estaba muy cerca de llevarlo a la locura, hubo algo que le hizo pensar que no podía andarse con rodeos. Recordaba las veces en las que se sintió humillado y celoso por esa relación con Alberto. Su amigo parecía humillarlo al mostrarla y al enseñar cómo la quería. Estaba harto, cada vez más harto.

Entonces lo ideal sería humillarla también, aprovecharse de ella, muy a pesar si esa chica quisiera o no. No le importaba.

Lo más lógico para él fue la opción de grabarla y de usar lo obtenido en su contra. Enseñarle a la gente que ella era solo un objeto, y la haría sentir exactamente igual como ella le hizo sentir todas esas veces en las que le preguntaba tontamente si estaba bien. La hipocresía de un falso trato le molestaba y no estaba dispuesto a soportarlo más.

En uno de esos días, ideó el plan para comprar una cámara para tenerla a la mano y así grabar a Rebeca. Escogió la mejor del mercado y se la llevó a ese nuevo hogar para probarla. La calidad de las imágenes era impresionante y no podía esperar el momento de usarlas.

Unos días después el sótano y el resto de los ambientes estuvieron listos, así que echó para atrás para darse cuenta que todo estaba más que perfecto. Tal y como él hubiera querido.

Se fue a la ciudad y allí puso en marcha la segunda fase del plan. Viviría su vida como si no hubiera pasado nada. Retomó incluso algunos proyectos y regresó a la vida de sus amigos con total normalidad.

Alberto, sin embargo, presentía que algo malo iba a suceder. No tenía la más remota idea, pero

su instinto le decía constantemente que algo iba a suceder.

—Faltan dos meses para la boda y siento que nada está listo aún.

—Tienes casi todo preparado, tía. Relájate.

—No puedo. Tengo que definir el sabor del pastel y también ver lo del velo.

—Tranqui, que estoy pendiente para ayudarte en lo que sea.

Rebeca estaba demasiado ocupada entre la boda y el trabajo. De vez en cuando salía a comer con sus amigas o sus hermanos, luego regresaba al tema de la boda porque quería que todo fuera perfecto. Como siempre.

Entre todos sus pensamientos se encontraba el que no podía evitar extrañar la compañía de Mark. Sí, durante ese corto tiempo, él se había convertido en una parte importante de su vida y añoraba estar con él, reír con él. En fin, esas cosas que hacen los amigos.

Le escribía y a veces le respondía, se preguntaba si eso tendría que ver con el hecho de que estaba alejándose de ellos. También estaba consciente de que él y Alberto habían sido amigos desde muchos años y ella no quería convertirse en la persona que los separara. Era lo menos que quería en el mundo. Volvía a pensar en él y deseaba poder retomar la conversación. Al menos para recordarse a sí misma que las cosas seguían igual de alguna manera u otra.

Mark mantuvo un comportamiento que se pensaba estaba dentro de lo normal. Actuaba como siempre y coqueteaba como siempre. Eso, por supuesto, era señal clara de que estaba haciendo todo el teatro que estaba haciendo para disimular los sentimientos que tenía en ese momento.

Lo que él había puesto en práctica fue el hecho de seguirla con una constancia sorprendente. Se aprendió sus rutinas, sus métodos, las costumbres y hasta los horarios que ella salía de la corte para almorzar con su amiga María.

Aprendió que le gustaba almorzar sushi bol al menos dos días a la semana. Que le gustaba las faldas y que especialmente las usaba los lunes, le agradaba usar lápiz labial y se miraba en el espejo para verse siempre presentable, por ende, resultaba ser una persona vanidosa. Al menos un poco.

Durante el tiempo en que se preparó para seguirla, le tomó fotos, por supuesto, las imprimió como siempre y también las usaba como inspiración para cuando quería masturbarse. Cosas que hacía con mucha religiosidad, por cierto.

A ese punto había que aclarar algo importante: era obvio que ya estaba completamente trastornado. Solo pensaba en las ganas que tenía de romperle el cuerpo y también en las ganas de mostrarle al mundo cómo lo hacía. Quería demostrarle a ella y a cualquier persona que era todo un hombre y que, gracias a ello, eso bastaba para demostrar que tenía el poder necesario para hacer lo que le viniera en gana.

Por fin se decidió a ponerle un día en el que la secuestraría. Era obvio que sería una fecha bastante controvertida porque se trataba de un día próximo a la boda. Solo podía pensar que arruinaría los maravillosos planes de los dos y que, además, aquello podría resultar divertido.

—Es tarde, deberías irte a casa.

—Sí, sí, termino de leer esta sentencia y me voy. Lo prometo.

—¿Alberto vendrá a por ti?

—No lo creo. Tiene una reunión y es probable que se tarde más de costumbre. Pero no hay lío, por aquí cerca pasa un autobús que me deja cerca de su trabajo y así nos podemos encontrar.

—¿No quieres que te lleve yo? Es que tengo la sensación de que algo malo va a pasar. Anda, no me rechaces la oferta.

—Tranquila, a por culo esas preocupaciones. Más bien déjame terminar y me voy. Lo prometo, de verdad.

—Vale.

La compañera de Rebeca había amanecido con una sensación extraña en el cuerpo, como si algo malo estuviera a punto de suceder. Sin embargo, y por más que trató, no pudo convencerla de lo contrario. Por lo tanto, tuvo que conformarse con esa respuesta que tampoco le supo muy convincente.

Rebeca, mientras, terminaba de leer ese documento y procuró guardar sus cosas al término. Se despidió como siempre, con una gran sonrisa y salió por la puerta como si nada. Sin embargo, la sensación de desazón de su amiga era persistente, incluso se hizo más fuerte.

—Vale, creo que es mejor que me quede tranquila. Es probable que esté exagerando. Sí, sí, es eso. Estoy exagerando.

Rebeca sacó su móvil y le escribió a Alberto, le dijo que iría a su trabajo y que se encontraría con él al terminar con la reunión que tenía. Guardó de nuevo el aparato y siguió caminando como si nada hubiera pasado.

La noche, para su apreciación, estaba demasiado oscura y la calle muy sola. Tuvo que recordarse que trabajaba en el centro y que era normal que las cosas fueran más lentas a esa hora que más temprano, por ejemplo.

Apretó el paso y fue allí cuando sintió como si tuviera una sombra a sus pies. Alguien que la seguía con insistencia. Su cerebro le decía que probablemente se trataba de una persona que salía del juzgado como ella, que no había que alarmarse. Pero no, la sensación estaba más intensa cada vez que se apuraba y cuando estuvo cerca de llegar a la parada, sintió un golpe en la cabeza tan fuerte que fue incapaz de decir algo. Cayó de plano y se quedó ahí, desparramada en el suelo.

La vida de Rebeca cambió desde ese instante. Cambió de manera tan fuerte y abrupta que no hubo nada que pudiera regresarla a la vida que tenía. Nunca sería la misma.

## V

Sonaba Heavy, California en el Camaro del 79, a todo volumen. La velocidad era máxima o al menos eso le parecía a Mark. Sus dedos tamborileaban el volante y con él, la alegría de que su plan había resultado mucho mejor de lo que había pensado.

Ella estaba en el asiento de atrás, cubierta con una tela y con la respiración suave y lenta. Cada tanto la veía para asegurarse de que todo estuviera bien. Pero, claro, era conocido que él estaba en la cúspide de su logro y que esa sensación de éxito no se la quitaría nadie.

Tomó un camino de tierra, uno que daba directo a su nuevo hogar, y manejó durante un rato más. Antes de llegar, paró en un McDonald's y pidió un combo grande y una cajita feliz. Sabía que ella le daría hambre después, sobre todo por el fármaco que le dio para drogarla.

Siguió manejando, con ese entusiasmo que tenía por hacer las cosas y luego aparcó cerca de la casa para bajarla y llevarla al sótano. La cargó como si no pesara nada y la depositó en la cama, le amarró las manos con unas hermosas que estaban en los postes de la cama y la dejó allí por un largo rato.

Buscó una silla y se mantuvo contemplándola para luego levantarse y buscar la comida que había dejado en la cocina. Comenzó a comer y se quedó unos minutos más. Se aseguró que ella respirara bien y estuviera más cómoda posible. Así pues, le quitó los zapatos y se quedó allí, mirándola de nuevo.

Se levantó luego de estar sentado en un rato. Antes de salir, apuntó la cámara justo en donde estaba para saber el momento exacto en el que de despertaría. Cerró la puerta y subió las escaleras.

No supo ni a qué hora ni en qué momento, pero ella abrió los ojos y sintió un fuerte dolor de cabeza que la hizo sentir que iba a tambalearse en cualquier momento. Como pudo, se sentó y sintió que todo le daba vueltas. Trató entonces de relajarse un poco y poco a poco sintió que las cosas estaban volviendo a la normalidad.

Sin embargo, el miedo por no saber la razón de ese malestar, se develó rápidamente cuando se dio cuenta de algo sumamente aterrador. Tenía que ver con el hecho de que estaba en un lugar que no reconocía ni remotamente, sin dejar de lado que una de sus muñecas estaba atada a un poste de la cama.

Trató de zafarse, como si todo lo que estuviera pasando había sido producto de una broma pesada. Quizás hubiera sido por Alberto o alguna de sus amigas. Trató de zafarse otra vez, pero nada, no pasó nada.

Lo peor de todo fue cuando comenzó a observar su alrededor. Las paredes blancas, de manera impecable. La sola ventana que estaba allí, se encontraba sellada y de paso con barras de hierro. El catre con un colchón cómodo y completamente blanco.

Había una mesa de luz y más allá un baño. Había un mueble cerca de ella en el que había un par de mudas de ropa, toallas, papel higiénico y demás productos de higiene que estaban sin usar.

El corazón se le comenzó a acelerar con violencia y pensó que lo mejor que podría hacer era tratar de tranquilizarse. Pero fue inútil. Tenía mucho miedo, estaba temblando. Sus gritos se hicieron eco, pidió la ayuda de Alberto, de alguien quien pudiera ayudarla, pero no obtuvo respuesta.

Poco después escuchar el sonido de unos pasos que parecían acercarse, sintió que estaba cerca de estar cerca de la verdad. Por fin sabría de qué iba las cosas.

Escuchó unas llaves y se quedó quieta y esperó que la puerta se abriera poco a poco hasta que vio el rostro de Mark. No pudo evitar sentirse aliviada, así que se apresuró en decirle que estaba prisionera y que tenía que ayudarla. Pero él, con toda la calma que tenía, se quedó mirándola, escuchando cada palabra que salía de su boca.

—¿Por qué no haces nada? ¡No te quedes ahí mirándome! Tenemos que salir de aquí lo más rápido posible.

Mark estaba en completo silencio, sin decir palabra alguna. No había manera de que sacara alguna palabra, así que ella comenzó a sentir el pánico de nuevo. El miedo de que se había equivocado en decirle todo aquello porque pudo concluir que se trataba de la persona que estaba detrás de esa situación tan extraña que estaba viviendo.

—Querida, creo que sobra decir que fui yo quien te trajo aquí, pero bien. Es así, fui yo y está todo bien. ¿Estás cómoda aquí? Traté de hacer que todo se sintiera cómodo al menos, aunque ya sabes que lo mío no tiene nada que ver con la decoración de interiores.

Los ojos verdes, brillantes y llenos de vida de Rebeca se ensombrecieron de repente. Sintió cómo un balde de agua le había caído con todo el peso, sin siquiera hacer un mínimo de tregua. No podía creer que su situación fuera esa, no podía creer que eso de verdad le estuviera pasando. De seguro se estaba tratando de alguna broma pesada. Esperaba que así fuera.

—Vamos, tío, no me jodas más. Seguro que las chicas te dijeron que hicieras algo de este tipo, pero, por favor. Ya basta. No más de esto. En serio.

Sus ojos se movieron entre la súplica y la tristeza más profunda. Estaba destrozada y se aferraba en serio en que toda la situación se tratase de un chiste malo. Pero no fue así, ni en lo más remoto.

—Lo siento, es probable que esperes que todo esto sea una broma de mal gusto y, dentro de todo, me gustaría que fuera así. Pero no te puedo mentir ni un poco. Estás aquí porque desde el día en que te vi, todo en mi vida se fue a la mierda. Absolutamente todo. Me comencé a obsesionar contigo e hice todo lo humanamente posible para desprenderme de ese sentimiento tan fatal para mí. En serio que traté de hacerlo, hasta me fui de viaje para no tener que verte más. Pensé ir a un psicólogo, pero no soy un perdedor para hacer uso de esas cosas. Entonces lo dejé al destino y el destino quiso que estuvieras aquí. ¿Qué tal convincente es eso para ti?

—¿Convincente? ¿Pero te volviste loco? Me has secuestrado, genio. Suéltame. ¡Déjame ir!

—¿Te he dicho que te ves hermosa con esa expresión de pánico? Tengo favoritas que me encantan, tengo una colección en mi cabeza, ah, y también en otras partes. ¿Sabías que hice para ti una especie de salón dedicado a tus fotos y todo eso que sacaba de ti? Es más, te voy a enseñar para que veas a lo que me refiero.

Él sacó su móvil y comenzó a desplegar una serie de fotos que había tomado de ella, incluso las de ese día cuando vieron las fulanas flores. Ella se sintió que todo lo que había vivido con él había sido una gran mentira y no habría forma de que las cosas pudieran cambiar al menos de manera favorable.

—¿Por qué estoy aquí, Mark? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me has traído?

—Porque no puedo pensar en la remota idea de que estés con otra persona, además, me pareció el método más conveniente de tenerte conmigo y hacerte mía cuando me salga del culo.

Rebeca no podía creer en las palabras que estaba escuchando. Ese hombre amable y dulce, ese tío que le había tratado como un caballero, realmente nunca existió. Todo le resultó una noticia que le cayó demasiado hondo en su corazón. Así pues, sólo pudo pensar en el rostro de Alberto al

saberse traicionado de esa manera. Él la estaba tratando como si no valiera absolutamente nada.

Entonces, debido que esa actitud no lograba nada, pensó que lo mejor sería apelar a la buena voluntad que debía estar detrás de todo eso. Seguro que sería capaz de ablandarlo un poco, de hacerle cambiar de opinión de alguna manera.

—Venga, Mark. ¿Por qué no me dejas salir? Es más, ¿qué te parece si me liberas, pero me quedo aquí? De verdad que este lugar me hace sentir incómoda. ¿Hacemos la prueba?

Mark la miró con condescendencia y la dejó hablar tanto como pudiera. Se puso un poco inquieto, pero no lo suficiente porque aún tenía las ganas frescas de reventarle. Respiró unas cuantas veces y esperó un rato más, solo para calmarse y hablar con un poco de tranquilidad.

—Verás, Rebeca, no estás aquí por unas vacaciones. Estás aquí porque me ha dado la gana, así de simple. El día en que decida liberarte, lo haré porque me da la gana. Así que no hay que darle mucha vuelta al asunto, ¿no te parece? Es mejor que te vayas acostumbrado, que te habitúes a este lugar y lo aceptes como tu verdadero hogar. No será tan difícil después de que internalices que este es tu destino y ya no más.

Los ojos de ella se pusieron más oscuros y sombríos. Sintió un frío de fatalidad en su cuerpo y pensó que no podía tener peor suerte de la que tenía. Deseó con todas sus fuerzas el poder salir de esa situación, pero estaba claro que necesitaba ser más lista, necesitaba mover sus piezas con mayor inteligencia y que no podía dejarse llevar por la desesperación... Aunque estaba allí.

—Me voy, pero regreso pronto para traerte un poco de comida. Te compré una Cajita Feliz. Sé que no es muy saludable, pero prometo que haré las compras para que puedas comer bien y te puedas mantener sin tanto lío. Piensa que esto es una cuestión de un día. Te lo aseguro.

—Mark... Mark, por favor, no me hagas esto. No me hagas esto por lo que más quieras. Te pido por favor que me liberes. Prometo que no diré nada. Te lo juro, más bien.

Él se acercó a ella y le tocó el rostro con delicadeza, mientras ella lo miraba con absoluto pánico.

—Lo siento, pero no. Te lo dije ya, mejor acostúmbrate a estar aquí, a vivir conmigo, a vivir todo esto. Será maravilloso, verás que sí.

Se alejó y ella sintió que su vida se iba. Él, por otro lado, no podía dejar de pensar en que se vengaría por haberle trastornado como lo hizo. No le perdonaría la forma en cómo le hizo sentir. Él ya no estaba más pequeño, ahora era todo lo contrario. Ahora tenía el poder y control de la situación.

Salió de la habitación y ella se quedó sola, con la angustia en toda la boca de la garganta. Trató de zafarse y cuando se dio cuenta de todo lo que le estaba pasando, se dejó vencer y comenzó a llorar desconsoladamente. No había salida, no había lugar a donde ir. Todo le resultó demasiado desagradable como tener que afrontar esa situación. No había manera.

Él le llevó el almuerzo y ella hizo el gesto de comer, pero sin tener nada de ganas. Cada bocado le sabía como un puñado de clavos y agujas. Era doloroso y su estómago parecía no estar tampoco prestando colaboración.

—Si te portas bien, te quitaré las esposas para que puedas asearte. Tenía pensado en cenar, pero me temo que es posible que estés cansada.

Ella se quedó callada, no podía decir palabra alguna por más intento que hiciera. Permaneció en silencio hasta que terminó toda la comida.

—¿Tienes frío? Podría traerte una frazada y una colcha. Quiero que pases una buena noche.

—Estoy bien.

—No lo estás. Se nota que tienes frío. Pero no te preocupes. Me aseguraré de que tengas lo que necesitas.

De nuevo, no hubo palabra alguna de su parte. Solo estaba en silencio, absorta en sus pensamientos. Nunca se imaginó en esa situación, tan molesta y tan triste. Absorbida por el recuerdo de una vida que ya no era suya.

De repente, comenzó a sentirse mareada, con pocas fuerzas. Su visión se estaba haciendo borrosa cada vez más y fue cuando sintió que estaba como quedándose dormida. Lo último que observó, fue la mirada de él que la monitoreaba con un reloj. Cayó como un plomo sobre la cama.

Este fue el momento para él para quitarle las esposas y para ver lo bella que se veía mientras estaba indefensa en su propio sueño. Ya no tenía la expresión de pánico o preocupación, ahora solo se veía tranquila, quieta, como en paz y él prefería eso mil veces eso que tener que lidiar con esa indignación que más bien le molestaba.

Preparó todo para que ella pudiera tomar una ducha y también pudiera cambiarse de ropa. Pero lo más tentador para Mark, fue el hecho de no tener que dejarse llevar por la urgencia de tocarla. Así que se quedó de pie, mirándole la piel, mirando cómo su pecho ascendía delicadamente y descendía con un ritmo suave.

Estiró una de sus manos y solo alcanzó para tocarle el cabello, apenas lo hizo, se desprendieron una serie de aromas suaves y delicados, como a flores. Sin embargo, aunque pudiera estar disfrutando de un momento como ese, no paraba de pensar que ella lo estaba arrastrando también en la vergüenza de tener que sentirse así.

Tuvo que secuestrarla para dejarle en claro que la amaba y que la necesitaba. Nunca le pasó eso con ninguna mujer, nunca tuvo problemas con las féminas y justo tuvo que gustarle esa chica que evidentemente no tenía nada que ver con su mundo.

Maldijo para sí mismo y salió de allí con la intención de no tener que lidiar con todos esos sentimientos encontrados. Estaba obstinado y recordó el plan que tenía en un segundo lugar. Buscó la cámara, el trípode que tenía y la página que había hecho para publicar las obscenidades que tenía en mente.

Se sentó en la cocina con todas esas cosas y se llevó de nuevo las manos a la cabeza. Se acarició el cuero cabelludo y trató de controlar el enojo que sentía. Estaba muy molesto. Por más que quisiera evitarlo, no podía esconderse de esa sensación de estar sucio por sus propios actos.

Encendió la cámara y bajó rápidamente con ella para ir al sótano. Pasó por ese pasillo oscuro y llegó finalmente hasta la habitación de ella. Armó el trípode y dejó la cámara sobre la base de esta. Esperó un momento para que se volviera a activar y la puso para que enfocara en lugar en donde él quería estar.

Entró nuevamente y se sentó en una silla que había dejado allí en la habitación de ella. Se bajó los pantalones y comenzó a masturbarse con suma violencia. Su polla estaba demasiado dura y caliente y mientras se lo hacía, al mirarla, parecía que se excitaba cada vez más y más.

Quería tomarla, quería hacerla suya y quería partirla en mil pedazos. Añoraba las veces en las que rozaba su cuerpo para que ella lo tocara. Ansiaba el momento de sentir su cuerpo a pleno, ansiaba tenerla sobre su regazo y que bailase al ritmo de sus caderas. Moría ver esa cintura pequeña moverse una y otra vez.

Cerró los ojos con fuerza y se aferró a esa fantasía que se sentía más real. Siguió masturbándose con fuerza, para luego explotar con toda la potencia del mundo.

Un chorro de semen terminó entre sus dedos y parte de su regazo, también terminó en la superficie de la cama, cerca de donde ella estaba durmiendo. Terminó agotado, pero aun así, reservó un poco de sus fuerzas para sentarse y limpiarse un poco.

Se puso de pie y se acomodó el jean lo mejor que pudo. Al terminar, la miró de nuevo, la droga que le había suministrado a ella había sido tan potente que había quedado dormida como en

cualquier otro momento. Se veía dulce y también como alejada del mundo.

Se acercó y le tocó la cara, no podía más con lo mucho que la deseaba. Estaba esperando el momento ideal para romperle la ropa y así penetrarla hasta que ella suplicara por un poco de piedad. Por supuesto que llegaría ese momento.

Mientras, tenía que conformarse con haberse masturbado como lo hizo estando cerca de ella. Subió de nuevo al piso y se encontró con una sorpresa agradable. Pensó que podría usar el video para fines de la plataforma y ver así si podría utilizar más contenidos de él o ambos. Editó algunas partes y la subió. Tenía que sacarle el máximo provecho a la situación de alguna manera u otra.

Subió el contenido a la plataforma y esperó un rato. En seguida comenzó a ver una cantidad importante de personas que estaban comprando el video, se le encendió el bombillo. Se le ocurrió una idea maravillosa.

## VI

Las ganancias fue lo último que él necesitaba saber para seguir adelante con ese proyecto que tenía en mente. Además, serviría como canal para drenar toda la bronca que tenía por dentro y que ansiaba dejar atrás. Pero era probable que no fuera así porque sus pensamientos estaban concentrados en el deseo que sentía por ella y por las ganas de demostrarle que él era quien mandaba.

Se despertó ese día como si fuera cualquier otro, pero por dentro eso no era ni remotamente cerca. Preparó el desayuno y se lo sirvió como tenía planificado. Hizo lo mismo con el almuerzo para cuando llegara el momento y estaba así, como sereno.

Quería impactarla por la noche, cuando se sintiera más vulnerable y así aprovechar ese sentimiento para hacerle algo que realmente le impactara. Mientras, preparó todo lo que hizo falta para que ella no se diera cuenta de lo que iba a pasar. No quería que tuviera la más mínima idea.

Rebeca había pasado el día absorta porque él no le había dicho absolutamente nada. Él tenía esa expresión taciturna y no podía evitar tratar de leerle la mente tanto como fuera posible... Pero no pudo.

Esperó la hora de la noche para que se cumpliera ese día y así pasar al otro, y al otro, y al otro. Sin embargo, algo le había advertido que las cosas no serían tan sencillas como eso. Estaba preparándose para algo más.

Escuchó unos pasos muy lentos y un ligero ruido detrás de la puerta. Se quedó quieta, mientras respiraba con cierta dificultad.

Después de un considerable suspenso, él abrió la puerta y vio la cámara y el trípode. Fue allí cuando pensó en lo peor.

Él tenía la misma actitud de la mañana, no había la más remota idea de lo que pudiera suceder, pero tenía que relajarse para no caer en una crisis innecesaria. Pero el instinto era demasiado fuerte y obvio. Ella quería despejarse de la preocupación constante de lo que estaba pasando, pero estaban todas las señales de lo que iba a suceder.

Cuando todo estuvo listo, él se acercó a ella y la miró fijamente. Rebeca tenía miedo de preguntar, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué es todo eso?

Él no le dijo nada y más bien se quitó la camisa y se le fue hacia ella. Rebeca estaba demasiado en pánico y por unos segundos no dijo nada. Sin embargo, después, si pudo modular ciertas palabras.

—Mark... No, no, Mark... Por favor. NOOOOOOO

Sus manos fueron directamente a sus pechos, y su boca al cuello de ella. Rebeca, aún con las muñecas en las esposas, hizo lo que pudo para zafarse, pero fue cuestión de tiempo para que sintiera el dolor del roce del metal sobre su piel. Le ardía y, de paso, los músculos del brazo también la estaban molestando.

Siguió forcejeando, no obstante, su mente no podía creer lo que le estaba pasando. Era como si estuviera hundida en la incredulidad. Su cerebro le hizo recordar que durante las prácticas en la Escuela de Derecho, le tocó tratar casos de mujeres que habían sido violadas por sus parejas.

Tenía que hablar con mujeres que estaban en el shock, en la impresión de haber sido abusadas y

tenían que lidiar con ello hasta el día en que murieran. A veces pensaba que ellas no volverían a ser la misma persona jamás. Que estaban condenadas a vivir sin un pedazo de ellas mismas.

Ni en un millón de años pensó que se encontraría en una situación similar. Ni jugando. Eso le pasaba a las mujeres que se entregaban a hombres problemáticos, que no habían aprendido nada en el amor. Pero ella no era así, nunca le sucedería algo así, era imposible.

Pero no importó nada los estudios, no importó nada que se cuidara, que hiciera ejercicio y que comiera lo mejor posible. No importó nada que fuera estructura y preocupada por su trabajo. No importó porque estaba sobre esa cama, siendo tocada por alguien que consideró su amigo y que ahora se estaba comportando como un perfecto violador.

Se quitó los pantalones y le abrió las piernas después de que ella dejara de ofrecer resistencia. Al principio trató de hacerlo con cuidado debido a que su verga era grande y gruesa. A pesar de la desesperación que sentía, trató de no maltratarla... Demasiado.

Le tomó las piernas con firmeza y se lo metió luego de haberle humedecido con su saliva, al menos con la intención de lubricar un poco. Cuando finalmente lo logró, no pudo evitar dejar salir un gemido largo y un jadeo intenso.

Por supuesto, los gemidos continuaron por un largo rato, él parecía estar disfrutando inmensamente la situación. Sin embargo, Rebeca, de vez en cuando peleaba, pero de resto casi pasó todo el tiempo, absorta en sus pensamientos y en el dolor que estaba sintiendo.

Él se corrió justo cuando sacó la polla de su cuerpo. Se levantó lentamente y fue al baño para limpiarse con unas cuantas toallas de papel que tenía en el lugar. Se lavó las manos y mientras lo hacía se miró en el espejo.

Nunca en su vida se imaginó en esa situación porque siempre tuvo a las mujeres que siempre quiso a su lado. Cualquiera que le pareciera atractiva, sería lo suficiente como para pasar sus filtros, valerle una invitación y llevársela a la cama sin tanto complique. De hecho, su vida sexual era bastante activa y hasta deliciosa. No se podía quejar en lo más mínimo.

Pero, de nuevo, se encontraba en una situación en la que él deseaba estar con alguien que le provocaba todas las emociones posibles. Sin embargo, él no podía estar con ella. La deseaba tanto que no podía aguantar más y estaba arrastrando todo tipo de situaciones. La frustración era lo primero, pero luego estaba el hecho de darse cuenta que se había convertido en una especie de juguete para ella. Durante un tiempo, él se sintió cómodo con esa posición, pero ya no era así.

Se sintió ligeramente culpable, pero él ya no era el mismo desde hacía tiempo. Entonces, terminó de limpiarse y salió con un poco de entusiasmo. Al salir, se encontró con ella quien estaba un poco turbada, quizás más de lo que él hubiera esperado.

Vio una pequeña mancha de sangre en las sábanas y procedió a levantarla con cuidado para cambiar todo. Rebeca seguía en shock y no reaccionaba a nada. Su mirada estaba fija en un punto muerto de la pared. Callada. Sin que nada le sacara de ese estado.

Cambió las sábanas, también aprovechó para limpiarla y por dejarle una toalla con una pastilla de jabón.

—La muda de ropa la tenéis en el mueble. Puedes escoger la combinación que quieras. Más tarde bajo para que traerte la comida.

—No quiero nada.

—No te pongas con esa actitud.

Ella finalmente lo miró a los ojos y no pudo evitar contener una lágrima. Cayó una y después otra. Luego giró la cabeza y se quedó absorta en ese punto pequeño, pequeñísimo que le decía que era el mejor refugio que podía tener hasta ese momento.

Mark se quedó parado hasta que sintió que ya era momento para irse y encargarse de ese video

que se acababa de hacer. Tomó la cámara y se fue de allí con el espíritu pesado.

Aprovechó el silencio de la casa para sentarse en la computadora a trabajar. Él estaba demasiado concentrado en hacer la mejor edición posible. Quería que el rostro de ella se viera etéreo, perfecto y simétrico. Quería que su cuerpo blanco y delicado, se viera como un poema.

Los encuadres y los fotogramas le recordaron ese sexo que acaba de tener con ella. En la forma en que la había usado para sus propios propósitos y también en lo bajo que había caído. Se llenó de rabia y se recordó a sí mismo que no tenía por qué ponerle freno a la situación de vender las imágenes para humillarla. Sí, tenía que humillarla y maltratarla tanto como fuera posible.

Apagó sus pensamientos y se concentró en editar tan rápido y tan eficientemente como pudo. Al final, ya tenía la película para vender en ese mismo sitio sórdido y horrible. \$100 fue la suma y ahora debía esperar por las compras. Más de 10 en los primeros 10 minutos. Se reclinó sobre la silla y se quedó en estado pensativo. ¿Qué haría con todo ese dinero?

## VII

Rebeca no supo cómo lidiar con esa situación, pero lo peor fue tener que aguantarse otra situación similar. Él bajó con esa misma actitud taciturna para abusar de nuevo de ella. Pero, a diferencia de esa primera vez, él se preparó para no maltratarla y ella, en cambio, se concentró en imaginarse en un escenario diferente.

Pero sucede que las situaciones como estas también transforman a las personas que se encuentran alrededor, incluyéndola. Sabía que, de regresar, su vida ya no sería la misma y que probablemente la relación que tenía con Alberto, se fracturaría más de lo que estaba.

Así pues, pasaba sus días: encerrada en esa habitación blanca y fría, que eventualmente se transformó en su hogar. Incluso, en medio de la rotura de su alma, se ideó una rutina que la ayudó a sobrellevar la situación de la mejor manera.

Perfeccionó una rutina cada vez más. De hecho, aprendió a intuir los horarios ya que no tenía reloj. Las sombras le ayudaban a concluir cuál era el mejor momento para levantarse, acomodar la cama y tomar un baño en la mañana.

Cuando salía, 10 minutos después aparecía Mark para dejarle una bandeja con el desayuno, comía y esperaba que él recogiera el objeto en cuestión para luego pedirle algún libro y fingir que había cierta normalidad en todo el asunto. Cuando se cansaba con la lectura, se preparaba para ejercitarse un poco. Por lo general se trataban de abdominales y algunos ejercicios de piernas que había aprendido hacía años atrás.

Luego descansaba, retomaba el libro y esperaba la hora del almuerzo. Él a veces le daba pinturas y hojas de papel para que pintara algo. Gracias a ello, había hecho una selección de pinturas dulces y delicadas, muy diferentes a las imágenes oscuras que tenía en su interior.

El día pasaba y él de vez en cuando bajaba para hablar sobre cualquier cosa con ella. Rebeca no entendía esas intenciones, pero sólo se quedaba callada ahí, sin decir nada. En ese momento quiso presentarse como una tipa comprensiva, pero también estaba el hecho de que observaba lo posible para poder encontrar una fisura y así abrirse paso en él.

No fue fácil y requirió de más tiempo de lo que pudo imaginar. Pero poco a poco estaba viendo cómo él se sentía más en confianza con ella, cómo él le contaba ciertos aspectos de sí mismo. Rebeca, como si fuera una máquina, guardaba cada detalle con mucho celo.

Igual tampoco se confiaba. Sabía que él había grabado el momento de haber abusado de ella, probablemente había publicado los videos y tenía miedo de tener que enfrentarse a esa realidad. Pero no podía permitirse llegar a ese punto de desesperación y rabia, tenía que concentrarse, tenía que enfocarse en su plan.

—Te has portado muy bien. Estoy sorprendido.

—Qué bueno —respondió ella ante el odio que se le asomaba por la voz.

—Por eso quiero invitarte a una cena especial esta noche. No una cualquiera, una que te haga sentir bien cómoda.

—¿En serio? Suena interesante —otra vez el odio y el desdén, aunque no disfrazó con una falsa amabilidad.

—Sí, ¿qué te parece si quedamos a las 8? Quizás sea un poco temprano, pero sería divertido para que tengamos tiempo para charlar después cómodamente.

—Está bien.

La dejó en su habitación y ella se puso de pie para revisar qué podría usar para la cena de después. No tenía nada en especial, pero estaba decidida a combatir el fuego contra fuego. Estaba ya haciendo un progreso interesante en cuanto a mantener las apariencias. Él pensaba que ella había aceptado toda la situación, que todo estaba bien y que por fin estarían juntos.

La mente de Rebeca iba a mil por hora, así que tenía que darle forma a su plan. Tenía que hacer todos los movimientos necesarios para que la situación funcionara como debía... Por más esfuerzo que requiriera.

La hora de la cena había llegado y él estaba más que feliz de haber cumplido con la promesa de haber preparado una cena especial. Unos raviolis caseros, vino blanco y una ensalada con frutos rojos y nueces para empezar. Un poco de queso y uvas para ir picando un poco y agua gasificada para que toda la experiencia fuera de las más agradable.

Puso la mesa y hasta un par de velas para que el ambiente fuera más romántico. Entonces, justo cuando terminando, apareció ella entre las sombras.

—Quise verme lo mejor posible. Una cena especial debe celebrarse con todo lo mejor.

Ella habló con esa voz suave y amable de cuando la conoció. Tenía el cabello perfectamente peinado y también tenía una sonrisa dulce. Tenía unos vaqueros y una camiseta de tiras finas.

—Me hubiera gustado verme mejor, pero hice lo posible.

Él quedó anonadado. Estaba viendo una versión casi familiar de Rebeca y sintió casi que las cosas podrían salir bien como había pensado en algún momento. Sin embargo, detalló los moretones de las esposas que habían marcado sus muñecas, sin dejar de lado que también se había fijado en las marcas que le hizo cuando pasó eso que pasó con ella.

Sintió un poco de pena, pero todo parecía ir bien porque ella no dejaba de sonreír. Entonces, para romper un poco la tensión del momento, él se apresuró en tomar la silla, arrimarla y señalarle para que se sentara en ese lugar.

—Gracias. Algo me dice que esto será delicioso.

—Espero que te guste, de verdad. Le puse cariño a todo esto.

—Supongo que sí.

A esas alturas, ella sabía que él se moría por ella y que la quería consigo. Ya no tenía sentido suplicar por piedad o que la dejara libre. Entonces estaba haciendo lo posible por seducirlo, por hacerle entender que ella aceptaba ese estilo de vida.

Él comenzó a servirle y la cena inició prácticamente ahí mismo. Ella no bebería demasiado, sino más bien que él hiciera eso mismo para que tenerlo más propenso a sus planes.

Mark estaba aflojándose entre cada copa de vino, mientras que ella estaba midiendo cada paso que iba a hacer. La estrategia estaba bien, así que le tocaba hacer su jugada. Disimular que el estar en ese lugar.

—No se lo dije a todo el mundo, pero desde hacía tiempo que había tenido problemas con Alberto. Ya lo nuestro no era lo mismo, al menos no como solía ser, y estaba preocupada por ese asunto.

Mark estaba un poco dudoso al respecto, sobre todo porque los veía casi siempre en una actitud muy melosa.

—¿En serio lo dices? Siempre pareció lo contrario.

—Hacíamos un esfuerzo cuando estábamos con gente alrededor. También aprovechaba la ocasión para recordar cómo eran los viejos tiempos con él. Podía pretender que todo estaba bien y era una especie de alivio para mí.

Él estaba confundido y no sabía bien si se trataba por el hecho de estar tomando un poco o

porque su cerebro se negaba a aceptar todas esas palabras que salían de la boca de ella.

—... Sí. Aunque la boda me estaba emocionado mucho, no puedo negar que sentía mucha preocupación al respecto. Probablemente... No sé. Pudo haber pasado muchas cosas. Quizás fuiste lo esencial para que no sucediera y no tuviéramos problemas con eso. Lo veo como una especie de señal.

Después de terminar la frase, lo miró a los ojos con insistencia. La intención era quedarse concentrada en él para hacerle entender que lo haría suyo sin importar nada más. Mark, quien no era nada tonto, notó de inmediato esas intenciones, pero seguía consternado.

—¿Terminamos este vino?

—Sí, sí. Claro.

Los dos terminaron de beber y ella, como vio que no hubo demasiado cambio en la actitud de él, se quedó tranquila y se excusó para irse de nuevo a esa habitación que fungía como prisión. Cerró la puerta y la miró por un largo rato. Había logrado mucho a ese punto, lo sabía bien, pero aún faltaba para que pudiera salir de allí como una mujer libre.

Se acostó sobre la cama y dejó sus piernas y brazos estirados. Miró hacia el techo y se quedó allí, pensando. Cerró los ojos poco después para recordar el dolor de las primeras veces que estuvo con él, también para preguntarse cómo estaría Alberto, si él pensaba en ella tanto como ella lo hacía con él.

Se acostó de lado y cada vez más estaba sintiéndose con más y más sueño. Se abrazó a la almohada y se quedó allí. Sin embargo, algo le dijo que se presentaría una situación particular, así que permaneció un poco más en estado de alerta porque quería ver cómo se desarrollaba la situación.

Mark estaba en la cocina, pensando sin parar. No podía quitarse la imagen de ella en la cocina, con esos vaqueros, con ese pelo bien acomodado y con esa actitud que buscaba un poco de consuelo, aunque no lo tenía demasiado claro.

Se bebió el resto del contenido de la copa de ella y se sentó de nuevo para pensar bien en todo lo que había pasado. La conversación casi le hizo sentir que era posible obtener un poco de normalidad. Una que realmente ansiaba, pero que no estaba seguro de que fuera fácil de alcanzar.

Su cabeza iba a mil por hora y no podía procesar bien la situación. Quería respuestas, pero no había nada concreto. Siguió acomodando todo alrededor para acondicionar el espacio y pretender que tenía todo bajo control.

Sin embargo, ella estaba ahí, martillándolo de nuevo, como un virus, como una enfermedad que se desperdigaba por todas partes. Tuvo un ligero deja vu y eso le trastornaba. No podía permitirse repetir de nuevo esa experiencia que había vivido antes de raptarla. No podía aguantarlo.

Trató de ocuparse más y más, pero fue completamente inútil, así que se miró a sí mismo por el reflejo del horno microondas que no estaba muy lejos de allí. Tenía el entrecejo fruncido y las ganas brotándose por las venas. Era ese ser animal que quería salir de su cuerpo y quería su presa para alimentarse de ella.

Bajó las escaleras con rapidez y sus pasos resonaron por toda la casa. Se detuvo frente a la puerta que servía de separación entre su mundo y el de ella. Se quedó allí, de pie, por unos cuantos segundos. Estaba ansioso.

Rebeca estaba a punto de rendirse y también a punto de maldecir su mala suerte. Quería tener éxito en algo, sobre todo cuando pensó que todo estaba avanzando correctamente. Pero en el último momento surgió una especie de rayo de luz, un ápice de esperanza. Escuchó los pasos de él.

El corazón le dio un salto en el pecho y trató de pensar qué posición podría hacer para que él

la encontrara bella e irresistible. Tenía un truco.

Mark abrió la puerta con cierto cuidado y la encontró allí, tendida sobre la cama. Estaba con la ropa de dormir que él le había dispuesto, el cabello sobre la cama y el perfil en dirección a ese rayo de luz de luna que la iluminaba de manera tan hermosa y gloriosa.

Él se quedó turbado de nuevo porque no podía creer que, aun viéndola Rebeca le recordaba constantemente que no podía deshacerse de ella. Entonces se acercó más y más a ella hasta que quedó a poca distancia. Nunca en su vida se había sentido tan disminuido como en ese momento.

Quiso tomarla como ya había hecho en situaciones anteriores, pero ella se giró y abrió lentamente los ojos. A diferencia de esas otras ocasiones, no hubo un rechazo ni la expresión de turbación. Fue completamente lo contrario.

Ella se incorporó sobre la cama y sus pechos estaban hermosos y su cuerpo y su piel. Todo. Se movió lentamente para no asustarlo porque él sí que parecía un animal asustado. Luego se puso de pie y se plantó frente a él. Sin decir ni una palabra.

El corazón de Mark latía con fuerza, nunca le había pasado una situación así, por lo que no sabía bien cómo actuar al respecto. Se quedó tranquilo y solo esperó a que ella tomara la iniciativa hacia alguna parte.

Las prendas de ropa comenzaron a caer en el suelo, una por una y de manera suave y delicada. Con ella las cosas eran así, siempre.

Quedó desnuda y quieta, solo esperando por él. Lo miraba con insistencia y él pensó que por fin la tendría para él, sin importar nada más.

Por un lado, Rebeca tenía miedo porque sabía que la apuesta que estaba haciendo era bastante alta. Él podía tomarla y hacerle lo mismo como en ocasiones anteriores, podía ignorarla o podía rechazarla porque no lo creería nada de lo que le había dicho. De todas maneras, las cosas decían que ella estaba por buen camino y que debía continuar.

Movió sus manos y él se quedó frío, como estatua, pero se quedó allí porque su cerebro no podía procesar el hecho de que ella estuviera tomando esa iniciativa. Al menos no después de todo lo que habían pasado.

Rebeca le puso las manos sobre el pecho y su mirada comenzó a recorrer cada parte de su torso. Mark, de manera instintiva, se quitó la camisa que tenía y se dispuso a sentir el contacto de su piel con la de ella.

Tembló un poco y también jadeó. Por primera vez no la iba a tomar a la fuerza, esta vez las cosas serían muy diferentes y eso representó un tremendo alivio para él.

Ella, pocos segundos después, se puso de puntillas y rodeó su cuello con sus manos y brazos. Se detuvo un momento e hizo una ligera sonrisa. Él no la había sonreír así en mucho tiempo y si tenía que ser sincero, realmente lo extrañaba.

Los dedos de ella iban paseándose por esa piel poco a poco, lentamente. Ella, por un lado, iba midiendo las reacciones que él iba teniendo. Sus vellos estaban erizados y su pecho estaba cada vez más agitado.

Finalmente, Rebeca tomó el impulso y le dio un beso tan dulce que Mark sintió que se iba a desintegrar en cualquier momento. El beso que ella le estaba dando lo hizo sentir que podía ser invencible y que podría con todo. Que era capaz de hacer cualquier cosa, que el mundo no tenía límites.

Tuvo un momento en el que pensó en que si era la percepción de Alberto cuando estaba con ella. Sintió un ardor en el estómago, una indignación que le iba subiendo poco a poco, pero Rebeca pareció percibir que todo estaba funcionando, así que hizo que las cosas se dieran con más intensidad porque estaba preparada para tener la trampa.

—Ven —le dijo ella suavemente al oído y esa palabra, dicha en esa entonación tan perfecta, fue lo que terminó de rendirlo por completo. Rebeca lo desarmó con unos cuantos movimientos.

Psicológicamente para ella, todo el proceso fue realmente pesado, especialmente porque no sabía qué rumbo iba a tomar la situación.

De repente, él la tomó entre sus brazos y la alzó con fuerza. Ella se sostuvo con sus piernas mientras le rodeaban su torso. Él alzó la mirada y se dio cuenta que tenía suerte de estar con una tía como esa y en las condiciones como esas.

—¿Vendrás conmigo?

—Sabes que siempre iré a donde quieras —respondió él tratando de contener el deseo que se le notaba en cada poro de su piel.

Siguieron besándose y él iba alterándose cada vez más. La tomaba con más fuerza y determinación. Sus dedos se enterraban con decisión sobre esa piel clara y delicada. Mientras le besaba el cuello, notaba algunas de las marcas que le había hecho anteriormente. Eran como un recordatorio constante del daño que le llegó a hacer en algún momento y la culpa lo embargaba.

Pero ella, quien se había vuelto experta en observar con detalle todo lo que había pasado, trataba de quitarle ese estado de turbación. Procuraba hacerlo sentir cómodo consigo mismo y con todo lo que sucedía. Si evitaba que se distrajera en tonterías como esas, lo perdería y las ganas de sobrevivir eran demasiado intensas como para perderse en nimiedades.

Entonces le tomó el rostro con ambas manos y lo miró a los ojos. Lo acarició un poco, con lentitud, como si la vida se le fuera en esa caricia y entonces pasó, volvió a besarlo, completamente decidida a sobrevivir tanto como fuera posible. No se daría por vencida.

—Házmelo, por favor —dijo entre los gemidos que fingían placer, mientras que él tenía los ojos abiertos y el corazón acelerado debido a la impresión... ¿No quieres? ¿Prefieres que no continuemos?

—No es eso, es que nunca pensé que haríamos algo así. Yo siempre te soñé de esta manera, y me cuesta pensar que estoy viviendo era maravillosa realidad.

—Ya no tienes por qué soñar despierto porque todo esto es de verdad. Yo tampoco lo imaginé así, pero si estamos juntos es por una razón. Entonces, ¿lo vas a seguir pensando? —terminó de nuevo al darle un beso suave en los labios.

El mundo de él se volvió a derretir y a desvanecer entre las caricias que ella le hacía. La tomó con decisión por la cintura y fue allí cuando se perdió de nuevo, pero en su aroma, en la suavidad de su piel y en ese deseo que tan confiado lo hacía sentir.

La echó sobre la cama mientras tenía el rostro hundido en su cuello delicado. Ella le sujetaba la cabeza con ambas manos, a la vez que sus piernas seguían apretando su torso.

Poco a poco él se iba acomodando, acoplándose con ella y de inmediato su polla se puso bien gorda de lo excitado que estaba.

Mark se aseguró de que ella sintiera lo dispuesto que estaba para ella, se rozaba con cierta frecuencia y no paraba de tomarle el rostro, de acariciarle el cuello. Rebeca, en cambio, abrió más las piernas y él jadeó un poco más. Tanto que dejó salir un “no puedo más”, y comenzó a quitarse el resto de la ropa que tenía.

Al final, se echó para atrás y la vio tendida sobre la cama, luciendo tan dulce y tan delicada, con ese rostro de desesperación, de ansiedad por tener la piel de él sobre la de ella.

—Ven, por favor. Ven.

Le decía ella sin parar, una y otra vez, de manera constante, repetitiva. Su voz era una especie de droga que se le metía en el cuerpo y se le distribuía por todas partes. Alteraba sus sentidos y sus ganas, era fuerte y lo hacía sentir como si lo fuera también.

Rebeca tenía todo un conflicto en su cabeza. No dejaba de pensar en Alberto, no dejaba de imaginarse que estaría con él, pero no lo estaba. Soñaba con el día en el que él pudiera irrumpir la puerta para rescatarla y llevarse de ahí.

Por otro lado, estaba también muy consciente de que aquello se trataba de un sueño, de una fantasía que pudiera no cumplirse, así que tendría que convertirse en su propio mecanismo de escape. En la persona responsable de salir de ese estado para poder retomar esa vida que había quedado a medias.

A veces pensaba que lo lograría, pero no era así. Sin embargo, esos sueños le ayudaban a lidiar con ese día a día, con esa rutina que le privaba de un poco de tranquilidad.

Ahora estaba con ese hombre que consideró su amigo, entre sus piernas. El hombre que le quitó la paz, la tranquilidad, la felicidad de poder celebrar su boda con el hombre que consideraba el amor de su vida. Pensó en las flores, en el pastel, en sus padres, en el vestido de sus amigas, en el momento en el que se vería con él en el altar. En la música y en la deuda que tendría que pagar.

Hubiera vivido esa vida mil veces. Pero no fue lo que le tocó. La versión con la que tenía que lidiar la obligaba a tratar de hacer las cosas con el mayor control que pudiera. Aprendió que si quería retomar algo de su pasado, tenía que hacer lo posible para aferrarse a la posibilidad de cambiar el juego y esa era una manera.

Así pues, estaba abstraída, imaginando que la persona que estaba con ella era otra, que ella era otra y que veía todo desde afuera. Su cuerpo actuaría a los estímulos como habría que esperar. Dejaría que todo se diera como debía darse.

Él se terminó por acomodarse y ella, entre los gemidos que estaba liberando, lo miró a los ojos para darle un beso en los labios. Él jadeó un poco y le tomó los muslos con ambas manos. Los apretó con fuerza y le metió la verga con suma paciencia.

Este fue un momento sumamente importante para ella porque ese instante le recordó el trauma de haber sido abusada por él. Pero puso todas las fuerzas del mundo para que fingir hasta el final, para seguir con ese teatro que en parte la mataba un poco más.

Mark estaba demasiado excitado como para darse cuenta que la mirada de ella estaba vaciándose cada vez más. Que ella realmente no estaba allí, salvo por algunos flashes en lo que se hacía presente. Pero no importaba porque él no se daba cuenta de nada, él estaba demasiado concentrando en hacerla suya en cada una de las embestidas que le daba.

Cerraba los ojos y se concentraba en sentir todo aquello que se le venía encima. En el placer de sentir que ella lo aprisionaba entre sus piernas, en la suavidad de sus caricias y en la dulzura que sentía cada vez que ella lo besaba.

Ella volvió en sí para demostrarle de lo que era capaz. Ya no quería que él tuviera el control, así que se aseguró de cambiar las cosas

—Quiero que probemos algo.

Él se quedó un poco absorto, pero como la deseaba tanto, hizo lo posible para que ella se sintiera cómoda y lo probara. Entonces, le tomó por la cintura e hizo lo que ella hubiera querido desde hacía tiempo. Finalmente, el cuerpo perfectamente esculpido de ella, quedó sobre el de él y procedió a ver realmente cómo comenzaba a moverse de verdad.

Ella se apoyó sobre el pecho de él y se acomodó lo mejor posible. Sus caderas iban acomodándose bien, muy bien, sobre ese cuerpo fornido y sobre esa polla dura y caliente. Ella gimió un poco y comenzó a menearse cada vez más. De una forma tan sensual y exquisita.

Sus caderas se soltaron cada vez más, así como su cintura. Y cuando por fin se encontró cómoda, comenzó a moverse con más naturalidad y emoción. Su hermoso cabello rubio iba de un lado al otro, sus mejillas blancas, con hermosas pecas, se encendían cada vez más. Era una

especie de visión perfecta de diosa y él no podía creer que por fin la tuviera para sí.

Rebeca abrió más sus piernas mientras lo tenía dentro de su cuerpo. Se movía con dulzura y mucha sensualidad, su coño húmedo se sentía exquisito, mientras que ella polla se abría paso dentro de ella.

Él moría por ver los ojos de ella en los suyos, concentrados en los suyos. Y cuando ella lo hizo por fin, se dio cuenta que una ráfaga de fuego le invadió todo el cuerpo. Sus ojos verdes grandes y bellos estaban más brillantes que nunca. Pero lo mejor fue cuando ella se acercó para darle un beso cuando no lo hizo, más bien estaba jugando con él.

Cuando hizo ese gesto, Rebeca descubrió que podía tentarlo con ese tipo de acciones, así que probaría cada vez más para tener algo más concreto para aplicar a futuro. Estaba determinada a volverlo loco.

En un punto, mientras lo estaba montando echó su cabello para atrás, dejando una estela de perfume agradable y dulce. Pero lo mejor fue verla curvando esa espalda, posicionando esas nalgas sobre su cuerpo y el despliegue de sus movimientos con completa seguridad.

Luego de haber superado el primer trago amargo, ella sintió un poco más de confianza para desplegar esas actitudes seductoras que estaba adoptando cada vez. Se veía hermosa y le encantaba esa actitud que lo volvía loco.

Su espalda arqueada dibujaba una curva tan bella, tan sensual que no podía creer lo que sus ojos estaban observando. Pero, para Mark, eso no era lo mejor de todo, de hecho, el espectáculo que más le gustó fue el sentir cómo se movía encima de él.

Su polla estaba prensada, toda dura. Mientras ella saltaba sin parar, él tenía que hacer un esfuerzo demasiado grande para no correrse pronto. Entonces, alzaba la mirada y la veía embelesado. Y de nuevo, repetía el ciclo una y otra vez.

Rebeca estaba en su punto máximo de concentración, pero quiso ir un poco más allá al probar con otra cosa que subiera el nivel de la situación. En ese sentido, se levantó un poco, lo que provocó que la polla de él saliera lentamente de su cuerpo. Él se desesperó un poco, pero ella le dio a entender que no había terminado, que más bien tendría que esperar.

Se movió con una impresionante gracia mientras él estaba todavía tendido como si estuviera embobado, víctima de una especie de brujería. Ella se puso delante de él, dejando expuesto ese hermoso culo y batió un poco el cabello para seducirlo un poco más... Como si aquello realmente fuera necesario.

Ella se acomodó lo mejor posible hasta que logró meterse la verga dentro de su precioso coño. Estaba húmeda, caliente y muy lista para recibirlo. Se echó un poco hacia adelante y después comenzó a moverse para que su verga pudiera entrar. Lo hizo lento, suave, como si buscara matarlo de alguna manera... y fue algo así.

Finalmente, luego de tenerla toda por completo, ella comenzó a moverse más o menos igual a como lo estaba haciendo la primera vez, pero en frente de él. Esa vista para Mark le fue más que suficiente como para convencerlo de que estaba con la persona ideal y que no podría despegarse de ella bajo ningún concepto.

Sus manos fueron hasta sus caderas, a la vez que sus ojos se paseaban por el vaivén de la cintura y el cabello. La tomaba más fuerte, enterraba sus dedos sobre la piel y tenía la boca abierta para dejar salir cualquier cantidad de ruidos que ella le provocaba.

De repente, casi de un momento a otro, llegó a escuchar, cómo ella iba quejándose cada vez más debido a la excitación. Estaba llegando al clímax.

Él también estaba sintiéndose cada vez más y más cerca, así que procuró tomarle desde la cintura con firmeza, mientras ella se movía sin parar.

—Agárrame más duro. Más duro.

Él gimió un poco e hizo que ella brincara cada vez más y más. Pocos segundos después, se tomaron sus manos, entrelazando sus dedos y quedaron sujetos en un solo. Ambos exclamaron un poderoso gemido y fue allí cuando Rebeca se dio cuenta que no había marcha atrás.

## VIII

Ella se despertó sola sobre la cama, con una sensación rara en el estómago y con un ligero sobresalto en el corazón. Temía que todo lo que tuvo que tolerar realmente no pudiera funcionar y quería que las cosas se dieran de la mejor manera posible.

Sin embargo, se dio cuenta que si bien seguía desnuda, alguien se había encargado de cubrirla con una manta y eso le pareció que él se encargó de cuidarla hasta el último momento. Entonces era probable que él le hubiera encantado esa noche que pasaron y que eso fue más que suficiente como para perturbarlo un poco.

Se paró desnuda y se estiró un poco por la habitación. Extrañamente, ya no sentía tanto asco, sino más bien una especie de sensación cercana a que tenía el poder.

Sonrió un poco, lo cual fue un gran avance para alguien que casi siempre tenía ganas de morir. Así pues, aprovechó los ánimos para ir a tomarse una ducha, cambiarse y esperar a que la situación diera los resultados que esperaba.

Mark se despertó en la cama de ella y se sintió asombrado. Tanto que se levantó de un tirón y se quedó sentado en la cama un largo rato. Luego, se escabulló de ahí lentamente hasta que se puso de pie y fue hasta su habitación escaleras arriba.

Por un lado, no podía negar el hecho de que se sentía contento por lo que había pasado con ella, pero tuvo la ligera sensación de que estaba perdiendo el control poco a poco. Eso no le gustaba nada y temía que fuera una catástrofe para él. Algo que no deseaba en absoluto.

Luego de subir, se dio cuenta que estaba demasiado consternado, así que aprovechó la soledad para prepararse algo para comer y también para pensar en lo que había pasado.

Estaba claro que lo que acababa de hacer era muy extraño en el contexto en el que se dieron las cosas entre ella y él. Era natural que siguieran así, pero de alguna manera el ritmo de la situación fue un cambio drástico para la dinámica.

Comió un sándwich y se sentó en una de las sillas que se encontraban en la cocina. Se quedó en silencio, masticando casi de manera mecánica. Al terminar, limpio la mesa y de nuevo se le vino a la mente la belleza de esa mujer que tanto lo provocaba.

Antes de seguir a su habitación, bajó lentamente al sótano para ver cómo dormía. Ella parecía aferrada a una de las almohadas, mientras su largo cabello la cubría hasta cierto punto. La silueta de sus nalgas era cubierta por la superficie delicada de la sábana blanca. Se veía gloriosa.

De manera inesperada, sintió una especie de presión en la polla. Fue obvio que estaba excitándose cada vez más, así que no podría aguantar por mucho tiempo. Se alejó del umbral de la puerta y se echó para atrás lentamente. Decidió que lo mejor era dejarla dormir en paz.

Al día siguiente, se levantó temprano, hizo ejercicios para drenar un poco la energía que había sentido del día anterior, y luego fue a preparar algo de desayuno. Todo estaba en completa soledad. Descubrió que le gustaba sentirse así cuando estaba en soledad, prefería el ruido de la nada a estar rodeado de mucho escándalo. Eso definitivamente no era lo suyo.

Pero, más allá de que se sintiera un poco más tranquilo, no pudo ocultar el hecho de seguía desconcertado, pero también con una sensación nueva. Era casi como si estuviera cayendo en una situación de la cual no tendría escapatoria. Durante el tiempo que estuvo con ella, durante el momento en el que sintió que no podía más, recordaba esa silueta que se movía una y otra vez. Era

como si tormento hubiera regresado a su vida y ahora no podía escapar por más que quisiera.

En ese momento, escuchó algo que se movía e inmediatamente se puso en estado de alerta. Permaneció en un estado de tranquilidad, hasta que giró la cabeza lentamente. Era ella.

—Hola, buenos días. Quise subir para tomar un vaso de agua porque no tengo allá abajo.

Él se le quedó mirando como un estúpido porque, por alguna razón, ella se veía más hermosa que nunca. Tenía el cabello recién mojado, la piel clara, las mejillas sonrosadas y su aroma era de frescura y flores. Sus piernas se iban a desmoronar en cualquier momento.

—Ho—hola. Bien, mejor quédate para que te prepare el desayuno. La verdad es que no sabía que te levantarías temprano... Por cierto, ¿cómo saliste?

—La puerta estaba abierta. Sé que no debo hacerlo, pero es que de verdad me estaba muriendo de sed. Espero que esto no te moleste.

Él se quedó pensativo, pero aun así la miró de nuevo a los ojos y fue casi confirmar lo que sentía por ella. Lo loco que estaba por ella.

—Bah, qué más da. Ven y come conmigo.

Estaba un poco desganado porque tenía la sensación de que estaba perdiendo una posición importante, pero no podía concentrarse mucho en ese hecho, porque ella le volteaba cualquier tipo de plan. Tenía una presencia demasiado poderosa, así que le era difícil tratar de desprenderse de esas sensaciones que lo arrastraban a la perdición.

Rebeca, en su interior, estaba sintiéndose cada vez más poderosa. Pero no todo estaba a salvo, tenía que saber moverse para que las cosas funcionaran como debían. Debía ser firme, hacer las movidas necesarias y ser tan contundente como fuera posible.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo que sentí que el día empezó un poco pesado. Es todo. Toma, he preparado avena con algunas frutas. También hay crema y pan tostado. ¿Quieres jugo o café?

—Jugo para mí... Y espero que pueda ayudarte un poco más al respecto —dijo ella con una mirada fija hacia él.

Fue sentir una especie de calor en su cuerpo, uno que lo hizo temblar y le recordó las ganas que no se iban de él. Entonces, después de haber pasado unas cuantas horas pensándolo, después de resistirse inútilmente, se levantó de golpe y la miró de nuevo. Rebeca se dijo a sí misma que había hecho por fin su jugada maestra y que ya no podía perder más el tiempo.

Le tomó ambas manos y comenzó a acariciarlas con suavidad. Poco a poco iba subiendo por sus brazos y también por el cuello, hasta que por fin le tomó el rostro y la acercó lo suficiente como para que no hubiera prácticamente ningún tipo de distancia.

—No sé qué me estás haciendo y no sé a dónde me quieres llevar con esto, pero te puedo apostar que voy a ir tan lejos como sea posible. Te juro que esto no va a pasar.

—Eso es lo que quiero. Que no pares.

Volvió a quedarse desconcertado, mientras que ella volvió a ponerse de puntillas para tomar el impulso suficiente como para darle un beso fuerte y profundo. Mark volvió a quedarse embelesado con la suavidad de los labios y también por el calor de su aliento que parecía envolver su propio aliento.

Entonces, sus manos comenzaron a descender poco a poco por su cintura, mientras la apretaba con fuerza y con mucha determinación. Cuando estaba lo suficientemente encendido, le apretó el culo con fuerza también. Ella gimió un poco más y eso bastó para que fuera suficiente para lo siguiente. Él la tomó y la alzó como si no pesara nada.

La sostuvo entre sus brazos por un largo rato y como pudo, se bajó la bragueta del pantalón para poder sacarse la verga sin tantas dificultades. Cuando lo hizo, fue rápidamente hasta la

encimera de la cocina y la acomodó lo suficientemente bien como para poder hacer las embestidas correspondientes.

Antes de hacerlo, por supuesto, procedió a mojarse los dedos con el flujo de ella. La masturbó entonces con mucha paciencia y lentitud, la finalidad era que ella se sintiera lo suficientemente excitada como para pedirle su verga de manera desesperada.

—No aguanto más... Por favor... Por favor... —lo decía constantemente y él sentía cómo ella se derretía entre sus brazos.

—Te la voy a dar cuando me plazca y eso lo debes tener más claro que nunca. Pero resulta que me gustas, resulta que siempre quiero cosas de ti y que no estoy dispuesto a dejar pasar absolutamente nada... Porque lo quiero todo.

Apenas terminó con esas palabras y se le fue encima con un beso fuerte. Siguió besándola hasta que sintió que la polla se le estaba poniendo tan dura como prensada. Y no lo esperó más. Un poco de toques más y le metió toda su carne para volverla a empalar.

Por supuesto, cogérsela no fue lo único suficiente, sino que también había un efecto interesante al sentir su coño tan húmedo y tan caliente, como si fuera posible que existiese una vagina tan hermosa como esa.

Se acomodaron al mejor punto, en que sus manos se apoyaron sobre la encima para tener el suficiente impulso para hacerle todo tipo de embestidas. Se lo hacía suave, duro, lento... Ella, mientras, al fingir todo tipo de sonidos y hasta de placer, pensaba que por fin lo había logrado.

## IX

En otro lugar, muy lejos de esa casa en medio de la nada, había una operación que iba encaminándose, sobre todo porque había la necesidad de encontrar a Rebeca. De hecho, desde la desaparición, Alberto y la familia de ella, la habían buscado de manera tan desesperada.

Pero, lo otro que también despertó sospechas fue la ausencia de Mark. Algunos se preguntaban dónde estaba, y más quienes habituaban a trabajar con él de manera religiosa. Su presencia, que eran pocas, siempre estaban marcadas por una actitud rara, como sospechosa.

Alberto estaba en negación, no podía creer que su mejor amigo y su prometida estuvieran desaparecidos. Pero, para afrontar los cambios del día a día, a la angustia y al dolor que sentía con la sola idea de haberla perdido, lo confrontaba planificando búsquedas y saliendo en los medios de comunicación para que el recuerdo de ella no se perdiera.

Pero, como casi siempre suele suceder, esas maravillosas convocatorias, esas ruedas de prensa, esos hashtags populares en las redes sociales, las pancartas y los volantes se convirtieron en un hecho pasado, en un conjunto de acciones que quedarían olvidadas para siempre.

Es por ello que tanto él como su familia trataban de mantener la mayor actividad que pudiera mantener activa la imagen de Rebeca, aunque eso representara un trabajo muy cuesta arriba.

Los días pasaban así y él a veces hacía rondas en la policía para saber cómo iba el caso. Preguntaba constantemente, pero la respuesta era siempre la misma, no había mayor avance. Quizás aparecería, quizás no.

Su corazón tenía el corazón roto, aunque se aferraba constantemente en la esperanza de que iba a verla algún día, pero a veces tenía ganas de que ella llegara de repente para abrazarlo, para darle muchos besos y también para decirle que lo amaba. Sin embargo, tenía que admitir algo importante: era probable que esa mujer que había conocido, no sería la misma jamás.

## X

Después de follar por un largo rato, Rebeca y Mark terminaron tendidos sobre la cama de él. Lo cierto es que retozaron por más tiempo y por toda esa casa. Por supuesto, eso también ella lo aprovechó para tener presente todos los puntos de acceso de la casa. Cada uno los detalló con cuidado, de manera que no se perdería nada porque estaba dispuesta a sobrevivir.

Él no dejaba de acariciarle el cabello, mientras que ella pensaba que aún no era suficiente. Algo le decía que no tenía sentido seguir en esa dinámica porque era necesario que estableciera una estrategia.

¿Seguiría siendo una esclava de ese hombre que podría hacerle más daño de lo que le había hecho en alguna oportunidad? ¿O cambiaría la jugada de manera sorpresiva? Su instinto le decía que la segunda opción era lo más viable.

Ella se levantó de la cama y notó que él estaba a punto de dormitar. Así que pensó que tenía que hacer un paso más para consolidar el paso de la confianza que necesitaba para que él se sintiera tranquilo con ella. Podría tener algún tipo de inconveniente, pero era necesario hacerlo. Sentía que tenía que hacerlo.

Esperó a que se quedara dormido, así que pocos minutos después bajó lentamente de la cama y se puso la camisa de cuadros que él tenía. Se peinó con los dedos y lo miró dormir. Estando allí, de pie, sintió la ira recorrerle por el cuerpo, el fuego del odio y el asco que sentía por él, por todo lo que había hecho, a pesar de la confianza que ella le dio ciegamente.

Tuvo que girar la cabeza hacia otro lado para no seguir andando con ese constante pensamiento que la estaba arrastrando a la idea de hacer algo contundente. Así que se echó para atrás, lentamente para irse a la cocina. Era la excusa perfecta para comer algo y pasar tiempo a solas en un lugar que no parecía una prisión.

Se movió con sigilo y llegó a los estantes para buscar pan tipo baguette y fue hasta el refrigerador a por un poco de mantequilla de maní. También se sirvió un poco de leche en un pequeño vaso.

Comenzó a preparar un par de emparedados y se sentó sobre la encimera de la cocina en donde tuvo sexo con él. Comía y respiraba lentamente. De vez en cuando alternaba con un trago del vaso y se quedaba pensando en la nada.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba sintiéndose un poco más tranquila. Ya no sentía que el corazón le iba a saltar del pecho, ni la vergüenza de ese primer abuso. Sin embargo, su corazón volvió a ensombrecerse cuando recordó la vida que tenía y la emoción que le producía la idea de la boda. ¿Qué estaría haciendo él? ¿Todavía pensaría en ella? No tenía idea, esperaba que así fuera en algún momento.

Siguió comiendo y pensó que ya no había marcha atrás. Tenía que seguir tan lejos como fuera posible.

En ese momento, escuchó unos pasos que denotaban alteración. Era Mark, así que siguió tranquila, fingiendo que tenía todo bajo control hasta que él se apareció de repente, como alterado.

—Ah, ¿estás aquí? Que me he pegado un susto horrible, tía.

—Tranquilo, siempre he estado aquí. Es más, me provocó comerme un bocadillo porque desperté del hambre. Lo siento. Discúlpame por no avisarte.

Él se acercó con un poco de prisa hacia a ella y se le fue hacia el regazo. Incluso, apoyó sus manos sobre la encimera y recostó su cabeza sobre el cuello de ella. Respiró un poco su perfume y sintió que todo en el mundo estaba bien.

—Discúlpame tú. Es que no te vi en mi cama y me alteré mucho. Me dio miedo de no verte más y quise saber en dónde estabas. Por favor, por favor, te ruego que no te vayas de mi lado. Al menos no así. Tienes que avisarme, ¿vale?

Ella dejó las cosas a su lado y lo abrazó con todas sus fuerzas. Se aferró a él, con la intención de hacerle sentir seguro, aunque más bien estaba segura que su treta, por fin, había funcionado.

Entonces, poco después de terminar de comer, ella se levantó lentamente, moviéndose como si fuera la diosa más poderosa del mundo, y ella lo sabía. Estaba muy consciente de eso. Sin embargo, en un punto se le presentó una duda muy importante, así que se giró hacia donde estaba él y lo miró con esos ojos que eran capaces de conquistar cualquier cosa.

—¿A dónde vamos?

Mark se sintió un poco confundido porque se encontraba en una especie de estado en el que no podía pensar demasiado, como que si prácticamente hubiera perdido el control de la situación. Esa pequeña pregunta, sin embargo, fue más que suficiente como para que saliera de ese estado, recordándole que tenía que darle una respuesta lo más pronto posible.

Rebeca se la formuló con el fin de poner a prueba todo aquello que había logrado hasta ese momento. Tenía la esperanza que sus movidas tendrían resultado, así que por dentro estaba nerviosa, pero también esperanzada.

—¿A ti qué te gustaría?

—No quiero volver a ese lugar. Siento que no puedo ser tan libre como quiero contigo. Siento que tendríamos muchas limitaciones y, la verdad, no quiero eso para mí... Ni para ti.

Tuvo que darle un poco de verdad en esa respuesta para que él pudiera reflexionar un poco. Así pues, tampoco le dio demasiada opción y vio cómo su cara comenzó a cambiar poco a poco. Él estaba mostrándose de comprensivo, estaba entendiendo que lo mejor que podía hacer era anular ese espacio para que ambos pudieran tener una especie de nuevo comienzo. Así que la tomó por la cintura y la miró fijamente a los ojos.

—Tienes razón. Ese lugar ya no tiene sentido para nosotros. Menos para ti. Logré que te convirtieras en el sueño más hermoso de mi vida y espero poder aferrarme a eso, siempre.

—Claro que sí. Ven conmigo, entonces.

Las cosas cambiaron drásticamente para los dos. Rebeca estaba experimentando una fase en la que se sentía más poderosa que nunca, y también con la determinación de hacer que la situación se volviera a su favor. Ya no tuvo ganas de victimizarse, no quiso cumplir ese rol porque ya no le interesaba.

Para una mujer como ella, que había logrado cada cosa en su vida con mucha constancia, aprendió que tenía que perseverar para que los planes salieran como debían. Este resultó ser el reto más grande que tenía por delante, así que haría lo que fuera necesario para que todo se cumpliera sin contratiempos.

Mientras caminaba, cada paso era un constante recordatorio del dolor que había pasado, de las frustraciones y de los ruegos que se cansó de hacerle para que la liberara. En cambio, Mark hizo todo lo posible por quebrarla en mil pedazos, por hacerla infeliz y por terminar de matar a esa persona que era.

Para Mark la situación también era intensa y desconocida. No tenía la más mínima idea de cómo iban a terminar las cosas, pero ansiaba explorar esa nueva faceta porque estaba casi seguro de que ambos llegarían a un nivel de compenetración que serían capaces de interactuar de todas

las formas posibles.

Soñaba despierto desde hacía días, pero cuando la vio en la cocina sintió que todo era posible. Ella le hacía sentir que todo era posible y fue como recibir una descarga de emociones que fue directo al corazón. Ya no pensaba en ella como un objeto que debía poseer, sino en la persona que podría ser la compañera de su vida. Así que retorcida estaba su mente.

Lo que él no tenía idea, era que ella también estaba maquinando su propio plan. No sospechaba un poco que Rebeca pelearía con uñas y dientes para sobrevivir y su estado mental estaba allí.

Entonces, si se miraba desde una perspectiva más amplia, se encontraban dos personas completamente trastornadas y a punto de enfrentarse en un conflicto que seguramente arrojarían resultados bien interesantes.

El hecho fue que ella por fin entró a la habitación de él y volvió a hacer una especie de reconocimiento en el lugar en él se encontraba. Detalló cada aspecto, cada mueble y rincón para asegurarse que tendría todo bajo control y que no se le escaparía ningún detalle.

Ella lo miró con lascivia, pero no porque sintiera placer hacia él, sino porque la ansiedad de venganza era tal que estaba actuando en ella como si fuera una fuerza animal dentro de su cuerpo. Como estaba consciente de ello, sabía que tenía que ir con cuidado, no se podía dar el lujo de desperdiciar el esfuerzo que le había tomado el llegar hasta ahí.

Hizo que Mark se deslizara sobre la cama, mientras que ella apoyaba su cuerpo sobre el de él. Lo hizo lento, suave, delicadamente. Los ojos de Mark estaban perdidos en ella y Rebeca aprovechó para darle un beso en la boca. Lo hizo desde la dulzura para amansarlo tanto como fuera posible.

Al sentir que había llegado a ese punto, puso sus manos sobre su pecho, acariciándolo y también aprovechando para quitarle la camisa que tenía. De nuevo, procedió a hacerlo lento para tenerlo como un pobre tipo pidiendo más y más. Ansiaba verlo rogar.

Para ello no tardó mucho, incluso se le adelantó mucho más de lo que había pensado. Él la miró casi derritiéndose sobre la cama. Abrió la boca y se quedó un rato allí, como si fuera incapaz de decir palabra alguna. En ese momento, ella le tomó el rostro y se quedó muy cerca de él.

—Dime, ¿qué quieres?

—Yo... Venga... —trató de decir las palabras, pero estaba un poco apenado al respecto, la primera señal fueron sus mejillas llenas de rubor— Quiero que tomes el control, Rebeca.

—¿Qué significa eso?

—Sabéis bien lo que significa.

Eso fue todo, ahí se produjo un punto de quiebre, ese mismo que ella había esperado por mucho tiempo y que por fin se le presentó. Era su oportunidad y no la desaprovecharía.

Esas mismas manos que estaba acariciando su pecho, fueron tomando un rumbo lento hacia los brazos y las muñecas de él. Sus delicados dedos se cerraron para dejarlo quieto, mientras ella no paraba de besarlo, ni de comerle el cuello.

Mark estaba totalmente entregado y tampoco estaba haciendo demasiado esfuerzo por ofrecer resistencia, menos al tener una mujer como ella descendiendo por su cuerpo como ella lo estaba haciendo.

De vez en cuando, Rebeca tomaba la postura de rasguñarle un poco la piel, marcándola, aunque también tenía la intención de saber cuál era el umbral del dolor que él tenía. Mark, parecía muy plácido por esa iniciativa, así que no se inmutó demasiado cuando ella le arrancó un poco de sangre de esas heridas de pasión y desenfreno.

Siguió besándole el torso hasta que finalmente decidió que no pasaría por más tiempo para

chuparle la verga. En ese momento, cuando por fin estuvo frente a ella, solo se le ocurría un montón de maneras para torturarlo y para verle sufrir, pero pensó que sería demasiado pronto, así que se decidió por pasarle la lengua lentamente, poco a poco y ver más o menos qué tipo de reacciones tendría.

Como fue de esperarse, ella comenzó a hacerle unas cuantas lamidas. El contraste de temperaturas y texturas hizo que Mark sintiera que iba entrando en una especie de vórtice de placer infinito. Sus manos agarraban las de ella y, a pesar que era un hombre considerablemente más fuerte, no era capaz de romper la armonía de un momento como ese. Ni en sus fantasías más alocadas, hubiera imaginado siquiera el cederle el poder o la iniciativa a alguna de sus amantes. Sin embargo, el detalle estaba en lo siguiente, Rebeca no era una amante cualquiera, no una tía que había conocido en un bar. Nada de eso.

Ella tenía algo que las otras mujeres no tenían y tenía que ver con una gracia que la hacía especial. Esa gracia que la volvía más inteligente e interesante que el resto. Había algo que estaba alrededor de ella que la hacía brillar como si fuera un sol radiante en un día gris.

Mark podría enumerar las veces en las que se sintió conmovido por aquello que lo tenía tan seducido. Lo atraía de maneras que no sabía y era tan potente que se colaba en la piel. Por eso fue que en ese momento sólo quería más y más, por eso no podía desprenderse de todas esas emociones porque, al parecer, se magnificaban aún más en la distancia. Así pues, no le quedó de otra que sumergirse en ellas y dejar que todo corriera con su rumbo.

Rebeca siguió chupándole la polla con todo el ahínco del mundo, pero la sensación de ir un poco más lejos no se le iba de la cabeza. Se detuvo un momento y puso esa expresión de súplica tan sexy.

—Quiero hacer algo más, pero no sé si estás listo para ello.

—¿De qué se trata? —dijo él apenas con los jadeos en el borde de los labios.

—Quiero atarte, quiero asegurarme de serás mío.

Mark sintió una especie de cosquilleo en la nuca, algo que le despertó la señal de alerta, pero no podía negar que estaba demasiado llevado por la situación, así que asintió suavemente.

—En el mueble que está el frente encontrarás algo que seguramente te ayude al respecto. Pero, por favor te ruego, no te tardes que siento que me voy a morir.

Ella le respondió solo con un beso y comenzó bajarse de la cama para ver el lugar que él le había comentado. Se encontró con un mueble de madera de roble, finamente tallado y de líneas simples. No parecía tener nada demasiado interesante hasta que descubrió una forma de abrir los cajones. Todo iba bien hasta que se encontró con un montón de cuerdas, esposas, consoladores y hasta vibradores.

Lo primero que se le vino a la mente fue el encontrarse con el posible escenario de que él hubiera usado todas esas cosas en ella. Sintió el fuego de la ira y la indignación era más intensa cada vez más. El odio se estaba convirtiendo en un poderoso motor para tomar ciertas decisiones y también para actuar con contundencia. Al final, ella estaba perdiendo un poco la compasión o la solidaridad que podría sentir por alguien. Estaba pisando un terreno peligroso, pero ya estaba allí y no había vuelta atrás.

Tomó un vibrador y unas cuerdas de textura gruesa. Miró los objetos con cierta repulsión, pero luego se encontró a sí misma haciendo un enorme esfuerzo por transformar esa cara en una que reflejara el placer de tener a ese hombre. Y de alguna manera así fue.

—Venga, ¿y qué harás con todo eso?

—Ya verás. Me dijiste que tomara el control y así lo voy a hacer.

Él se excitó un poco más cuando la escuchó hablar de esa manera, así que sonrió como señal

de entrega y de que estaba muy emocionado por saber lo que ella tendría preparado para él.

En silencio y con mucho método, Rebeca procedió a hacer los amarres de las muñecas y también de los tobillos. Lo hacía con mucho cuidado, con el fin de asegurarse de que lo estaba haciendo bien. En esa tarea, adquirió una expresión demasiado seria, como si estuviera pensando en otra cosa... De alguna manera así era.

Se echó para atrás y se dio cuenta de que por fin tendría el control de la situación. Entonces le tomó por el cuello y apretó un poco. Vio a Mark mientras estaba excitándose cada vez más. Su polla estaba a reventar y ya emanaba líquido preseminal mientras hacía contacto visual con ella.

—¿Estás listo?

—¿Para ti? Nací para estarlo. No tengas la menos duda de ello.

Ella sonrió y se acercó de nuevo para besarle el cuello, la boca y también para retomar las lamidas que estaba haciéndole, sin embargo, esta vez las hacía con un poco más de énfasis y determinación. Incluso mordía un poco, succionaba con más fuerza y podía ver cómo a él se le arrugaba la cara por sentir un poco de dolor. Para ella, sin embargo, la cuestión se estaba poniendo mejor cada vez.

Mordía cada parte de su torso marcado, también la línea de la cadera, los muslos y parte de los brazos. Estaba canalizando el ímpetu de la indignación que acababa de sentir. Sus uñas se clavaban en esa piel, casi con la intención de abrirse paso entre ella y para hacerle entender que lo haría suyo siempre que quisiera.

Cuando notó que él estaba ya en un punto de retorno, tomó el vibrador, un aparato largo, blanco y con el cabezal que se movía en giros de 360°. Lo encendió en el nivel más bajo, aunque ya tenía en mente en aumentar la velocidad después de un pequeño rato.

Se acercó con suavidad hacia donde estaba él y lo miró con dulzura, pero también con ganas de torturarlo al punto de quiebre. Así pues, apoyó el cabeza sobre el glande que ya parecía a punto de explotar.

Mark se retorció en seguida y buscó la manera de apoyarse tanto como fuera posible. Era como sentir mil lenguas en ese punto a la vez. Pero eso apenas era el principio porque haría el esfuerzo por volverlo más loco, al punto de hacerle daño sin que importara nada más.

Aumentó la velocidad del vibrador y con esto, los gemidos y jadeos que él estaba haciendo. El tipo estaba retorciéndose porque sentía que no aguantaba más, así que ella se inclinó un poco para decirle algo al oído.

—No, no puedes correrte. Si lo haces vas a arruinar la diversión.

Para ponérsela más difícil, siguió con el aparato y apoyó su lengua a los testículos para lamerlos. Lo hizo con suavidad y paciencia. Tanto que salía más líquido y él había comenzado a abrir la boca para seguir con los ruegos y las súplicas.

—Déjame... Por favor.

—No. He dicho que no —respondió ella con firmeza.

Fue allí cuando comenzó a quitarse la ropa lentamente, mientras hacía que él la viera sumamente concentrado en todo lo que estaba pasando. La mirada de Mark se curveaba gracias a la figura de su cuerpo. Seguía explorándola entre sus pupilas.

Al encontrarse finalmente desnuda, se deslizó entre las piernas de Mark para proceder a montarse sobre él. Acomodó su verga para que le entrara sin mayor problema y cuando tuvo toda esa carne dentro de sí, comenzó a moverse con lentitud.

Iba poco a poco, mientras que él fruncía en entrecejo, feliz, extasiado. Los meneos eventualmente se convirtieron en saltos agresivos y fuertes. Las manos de ella iban hacia sus pechos, los cuales se bamboleaban con fuerza, también a la piel de él para hacerle más heridas. Al

final, los dos quedaron unidos por un fuerte gemido y por jadeos sin control.

Ella se bajó poco antes de que él se corriera, de hecho, justo en el momento antes de hacerlo. Él seguía demasiado concentrado en el calor de su cuerpo y no sintió en ningún momento cómo Rebeca le deslizaba una soga por el cuello.

Mark aún flotaba en el techo entre lo extasiado que se encontraba. Estaba listo para hacer algo más, pero cuando abrió los ojos, se encontró con Rebeca encima de él, con los extremos de la cuerda en cada mano y con una mirada llena de fuego.

—Tengo la suficiente fuerza como para apretar y ahogarte.

—¿Qué haces?

—Te voy a dar el mismo trato que me diste desde que llegué aquí. Voy a violentar cada parte de tu cuerpo hasta que me canse.

Mark no supo qué decir, pero cuanto tuvo la intención de hacer algo, no pudo. Ella jaloneó y quedó medio inconsciente. Pero antes de perder razón de sí mismo, sí escuchó lo que ella tenía para decirle.

—Esto apenas comienza para ti.

## XI

Alberto iba caminando hacia su coche para ir al trabajo. Ese día se sentía particularmente optimista, así que quiso aprovechar esa misma energía para estar un poco más tranquilo. Necesitaba un poco de paz.

Justo cuando iba a subirse, vio un pequeño sobre. Le pareció extraño, pero aun así lo tomó entre sus dedos y sintió cómo su corazón le dio un salto fuerte. Era una “A” escrita a máquina.

Tomó la carta y se subió al coche para leer con un poco más de calma. El contenido estaba escrito a mano, con una letra impecable y legible. Inmediatamente la reconoció y sintió el calor de las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

*“Mi Alberto, mi querido Alberto. Te escribo apenas puede armar las piezas rotas de mi alma y mi cuerpo, pero me temo que aún faltan más y eso hace que ya no sea la misma persona que llegaste a conocer en algún momento. Te escribo porque aún hay una parte de mí que te recuerda y te ama, y fue gracias a ella la que me permitió sobrevivir el infierno en el que estuve.*

*Quiero que sepas que estoy, dentro de todo, bien, viva. Como, me baño y respiro. Pues, lo esencial, pero el corazón lo tengo oscuro y regresar para mí sería imposible. Ya no puedo y no podré jamás.*

*A pesar de todo, recuerda que te amo y que hubiera dado lo que fuera para regresar el tiempo para estar en los recuerdos contigo, siendo felices”.*

La carta terminó y él comenzó a llorar después de muchos meses. Ella estaba bien, en algún punto del mundo, pero bien.

—A ver, a ver. ¿Estás listo para tu castigo? —preguntó Rebeca con una mueca macabra.

—Sí, Ama —respondió Mark, en el suelo, con las manos atadas a un tubo y con la cabeza gacha. La voz apagada denotaba que estaba cansado.

—No creo que tengas muchos ánimos, pero sabes que igual te romperé la piel como se me dé la gana.

Los papeles se invirtieron y ahora era ella la que tenía el control. Nunca le cedería el control, pero eso también significaba que se hundiría en ese abismo con él... Para siempre.

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Por qué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestros lectores.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

### **[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

### ***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

#### ***La Mujer Trofeo — Laura Lago***

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*  
*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

#### ***Esclava Marcada — Alba Duro***

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso*  
*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

#### ***Sumisión Total — Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*  
*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin—tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin—tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin—tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win—win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin—tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin—tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua.

Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

### **La Mujer Trofeo**

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*